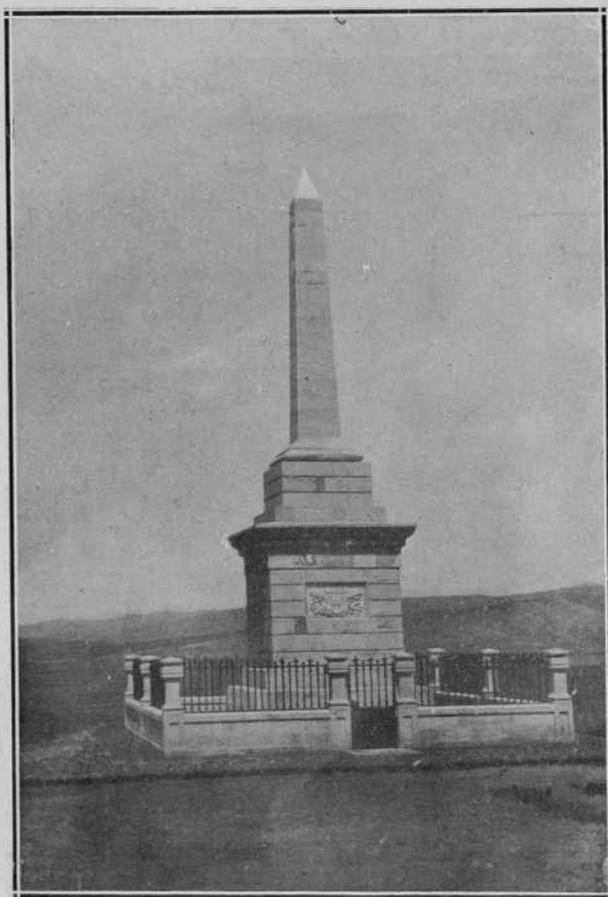


S.S.-F.
D-23

NUMANCIA

— Y —

La Medicina en la Antigua Iberia



POR EL

DR. MARIANO IÑIGUEZ Y ORTIZ

MÉDICO DEL HOSPITAL DE SORIA

S.S.-F.
5
23

B.P. de Soria



1060259

SS-F D-23

R. 4.228

S.S.-F.
D-23

NUMANCIA

Y

LA MEDICINA EN LA ANTIGUA IBERIA

POR EL

DR. MARIANO IÑIGUEZ Y ORTIZ

MÉDICO DEL HOSPITAL DE SORIA



ZARAGOZA

Tipografía de G. Casañal, Coso, 96 y 98

1916





A GUISA DE PRÓLOGO

Al Oriente del viejo Moncayo que eleva hacia el cielo su blanca cabeza y sus lomos de gigante, se extienden las tierras bajas que el Ebro fecunda con sus aguas. Hacia el Oeste siguen las tierras altas, corazón de la antigua Celtiberia. Esas tierras altas, hoy conocidas con el nombre de meseta soriana, forman un macizo desde el cual se dominan militarmente tres grandes cuencas de nuestra península: la del Duero, la del Tajo y la del Ebro.

Cuando riadas de hombres extraños entraron por los llanos e impusieron su ley y dominio a sus habitantes, esas tierras altas, con sus desfiladeros y parajes inaccesibles, fueron el refugio de los idealistas, de los que repugnaban otros cultos y otras leyes; y en esas tierras altas, como en grandioso altar, ofrendaron a la Patria sus vidas y su sangre. Los que en las tres grandes cuencas eran derrotados por la disciplina y el orden, hicieron de la meseta numantina baluarte donde, en último término, se ventiló la independencia de España.

Vinieron con el tiempo nuevas organizaciones políticas en España y nuevas orientaciones económicas; unas y otras restaron importancia a esa meseta soriana, hasta el punto de que hoy no es ni sombra de lo que antaño fué. Un inspirado poeta ha descrito en versos magistrales su actual situación.

¡Oh, tierra triste y noble
la de los altos llanos y yermos y roquedas
de campos sin arados, regatos ni arboledas
decrépitás ciudades, caminos sin mesones
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aun van, abandonado el mortecino hogar,
como tus grandes ríos, Castilla, hacia la mar!

.....

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
(no fué por estos campos el bíblico jardín)

son tierras para el águila, un trozo del planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín (1).

.....

Tierra es, sin embargo, esa meseta de noble prosapia y brillante ejecutoria. En sus cabezos y altozanos, en las laderas que baña el sol, cuando las azadas excavan metódicamente, se encuentran restos de poblados antiquísimos donde la cerámica, las armas y otros objetos arqueológicos indican que su población fué numerosa y su cultura digna de estudio. En una de esas excavaciones, un prócer ilustre que dedica su talento y sus dineros al estudio de la Prehistoria, el Marqués de Cerralbo, descubrió en Torralba la estación humana más antigua entre las conocidas. Las hachas, producto de la industria humana, encontradas junto a los huesos del *Elephas meridionalis*, prueban la coexistencia en ese sitio del hombre y del antiquísimo animal, desaparecido casi al principio de la época cuaternaria.

La altura y situación especial de esa meseta hicieron de ella baluarte contra las invasiones y punto codiciado para los pueblos que aspiraron al dominio de Iberia. Allí, durante la epopeya de la reconquista, cristianos y musulmanes riñeron batallas tremendas por la posesión de un desfiladero o de un altozano; desde allí hizo el gran Almanzor el último esfuerzo para imponer a toda España la ley de Corán; en esa meseta, suevos y visigodos lucharon por la posesión del suelo, nido de águilas desde el cual podían tender su vuelo sobre las tres grandes cuencas de España.

Por esa meseta soriana pasearon sus legiones como enemigos unas veces, como amigos otras, los grandes generales cartagineses; el más ilustre de todos, el gran Aníbal, sacó de ella amigos y auxiliares fieles que con su valor y conocimientos militares, contribuyeron a sus resonantes triunfos de Italia (2).

En la lucha tremenda, en la última lucha que el espíritu europeo sostuvo en la antigüedad contra el espíritu asiático representado por los fenicios de Cartago, España fué campo de combate, y Roma, que vino a nuestra patria para librarla de los cartagineses, concluyó por ser el dominador más duro que jamás haya padecido. Pero el pueblo romano no pudo burlar la ley que impone la Geografía ibérica y para asegurar el dominio sobre España, tuvo que sostener guerras porfiadas en la meseta central, guerras que sólo pudo llevar a feliz término gracias a la constancia y a la energía sobrehumana de aquel pueblo ilustre.

Ante la ciudad de Numancia chocaron dos civilizaciones dis-

(1) Antonio Machado.—Campos de Castilla.

(2) Tito Livio.—Silio Itálico.

tintas. Allí alentó por última vez el espíritu celtibérico ahogado en sangre por Escipión y desfigurado luego por escritores romanos o romanizados, más atentos a cantar las glorias de los generales vencedores que a referir los hechos con rectitud e imparcialidad. Por esto, por haber sido esta meseta soriana el último o casi el último sitio de España donde los iberos tuvieron vida independiente, es por lo que las ruinas de Numancia, aunque deshechas por el incendio y mutiladas por la codicia e ignorancia de propios y extraños, tienen tan grande interés para el conocimiento de la antigua Celtiberia y de la España anterromana.

Después de la destrucción cruel de la ciudad celtibera, sobre sus ruinas se construyó, andando el tiempo, otra ciudad romana, probablemente con el fin de consolidar la conquista. Los hallazgos en este estrato romano tienen escaso interés histórico; su valor artístico tampoco es extraordinario. Sólo merece mención un brazo de estatua de bronce que forma contraste con la generalidad de los objetos depositados en el Museo Numantino.

Los excavadores que removían la tierra, al llegar al fondo de una cueva, en sitio perfectamente ibérico, bajo la capa romana más superficial y bajo la capa de ceniza testigo del incendio de Numancia, hallaron un día un hermoso brazo de estatua de bronce. Se buscó con afán el resto de la estatua; un día y otro esperaron los directores de la excavación topar con el robusto tronco o la hermosa cabeza, pero todo fué en vano. El brazo amputado yacía solo, sin que hasta la fecha se pueda sospechar cómo pudo llegar a Numancia ni a qué estatua pudo pertenecer.

La presencia de este hermoso brazo en terreno indiscutiblemente ibérico plantea una serie de problemas que hoy no pueden tener solución. ¿Fundieron estatuas los numantinos? No es probable. ¿En alguna de sus excursiones guerreras mutilaron la estatua por fervor religioso y llevaron a su casa el brazo amputado? ¿Tenían alguna estatua en la ciudad y destruyeron durante el sitio el resto que hoy falta, para fabricar armas de bronce? ¿Al hacer excursiones se apoderaban de cuanto bronce podían y el brazo encontrado es el resto de un botín? Nada sabemos ni es fácil que lo sepamos en el porvenir.

La ciudad ibérica, la verdadera Numancia y todos los objetos a ella pertenecientes tienen, por el contrario, un valor histórico incalculable. Gracias a ellos podremos formarnos idea exacta del adelanto o atraso de aquel pueblo y podremos confirmar, rectificar o ampliar las noticias que geógrafos e historiadores nos legaron de la España anterromana. A juicio mío, un punto que vale la pena de ser estudiado, aprovechando estas nuevas fuentes de conocimiento, es las ideas médicas de los antiguos habitantes de



Iberia y sus procedimientos curativos. Sin grandes merecimientos voy a intentar tan simpática como difícil empresa. Al hacerlo, más que el deseo de acertar, me guía el de llamar la atención sobre estos asuntos para que otros, con más talento y más medios, contribuyan al conocimiento de la antigua Medicina y de la civilización ibérica.

La admirable labor de los Cerralbo, Siret, Mérida, Santacruz, T. Ramírez, Simancas y otros cien, necesita, a juicio mío, el concurso que pueden prestarle, con sus conocimientos técnicos, otras profesiones. El ingeniero, el militar, el químico, etc., etc., pueden, sin ser arqueólogos, contribuir grandemente al esclarecimiento de los muchos y oscuros problemas que plantea la Arqueología. La Medicina también puede y debe aportar su grano de arena a esa obra común; a ese noble intento obedece la redacción de este modestísimo trabajo.

Amigos cariñosos, unos con su cultura artística, otros con sus grandes conocimientos de Historia y Arqueología, han contribuído poderosamente a hacer más ameno e inteligible este trabajillo; para unos y otros, artistas y sabios, mi gratitud más sincera.



I

Numancia.—Etimologías.—Su situación.—Influencias orientales en España.—Valor cultural del pueblo fenicio.—Raza de los numantinos.—Calles de la ciudad celtíbera.—Habitaciones y casas.

La etimología de la palabra Numancia ha sido objeto de numerosas investigaciones, a decir verdad, no siempre afortunadas. Antonio de Guevara deriva Numancia de Numa, el famoso rey romano, de quien dice que fué el fundador de la ciudad celtíbera. Cortés lo hace de Nómades, por suponer que debieron ser nómadas los fundadores, y Echave del éuskaro Umanciá (laguna), en atención a las que, según algunos historiadores, rodeaban a Numancia.

Don Dámaso Sangorrín, ilustre deán de la Catedral de Jaca, gran conocedor de raíces y lengua céltica, al hablar de Numancia expuso una etimología nueva para mí y que es muy posible sea la cierta, ya que, con muy buen acuerdo, prescinde del latín y busca el origen de esta palabra en lenguas que se hablaron probablemente con anterioridad en la región y buena parte de España.

Según mi antiguo maestro, Numancia se deriva del céltico *Nemeto*, lugar santo o sagrado. La evolución y modificaciones de esta palabra, mientras fué usada por los naturales y sobre todo, al sufrir la latinización, fueron o pudieron ser las siguientes: *Nemeto*; *No-me-ta*; *Nu-ma-ta*; *Nu-man-t(i)a*.

En apoyo de esta opinión podemos aducir que Estrabón llama a la ciudad *Nomantia*, lo cual indica que no siempre fué llamada como hoy lo hacemos. También conviene tener muy presente la mala voluntad con que los geógrafos antiguos escribían los nombres de las ciudades y pueblos de España, por causa de la rara y difícil pronunciación que, según ellos, lastimaba sus oídos delicados (1).

Abona también en favor de esta etimología el carácter general de los objetos encontrados en las excavaciones, entre los cuales hay muchos de uso probablemente religioso o íntimamente liga-

(1) Estrabón.—Plinio.



dos con la religión. Sin que yo responda de la exactitud de la etimología de mi maestro y amigo, creo que tal vez sea la verdadera o al menos la que más se aproxime a la verdad.

Varios escritores antiguos habían afirmado rotundamente que



FIG. I.^a

(Fot.^a Casado).

Ara de Júpiter, de piedra silícea, encontrada en las ruinas de Numancia. (Museo numantino).

la ciudad de Numancia había estado situada en Garray, pueblo de la provincia de Soria. En la noble y patriótica contienda que durante varios años sostuvieron Soria y Zamora acerca de si la célebre ciudad había existido en una u otra provincia, terció el erudito D. Antonio de Guevara, el cual, en una carta célebre y

hermosísima, falló que Numancia había existido en Garray. Los argumentos de éste y otros autores de que no hago mención, eran poderosos; pero a juicio mío, el que desvaneció toda duda acerca de este importante extremo fué D. Eduardo Saavedra.

Después de los trabajos del ilustre ingeniero no podía existir duda alguna acerca del sitio donde fué Numancia. Justo es, pues, que los españoles honremos el nombre de este varón esclarecido, y tratándose de Numancia, es justo también que, junto a ese



FIG. 2.^a

(Fot.^a Casado).

Cerámica de barro saguntino, de la ciudad romana.

nombre, coloquemos el de otro español ilustre, el del Senador D. Ramón Benito Aceña, cuya admiración por la ciudad inmortal se ha traducido en un monumento para honrar a los heroicos habitantes y en un hermoso museo para conservar sus restos y reliquias, ambos construídos a sus expensas.

Don Eduardo Saavedra, dijo: Aquí estuvo Numancia y probó su aserto con tal copia de razones de orden histórico y puramente científico, que como ya dijimos, no podía haber ninguna duda. Los que han ido detrás del ilustre ingeniero han descubierto en Numancia calles y murallas; han clasificado los objetos y han hecho cosas muy notables; pero la gloria de haber fijado con exac-

titud el solar numantino pertenece exclusivamente al Sr. Saavedra (1). Según este autor, conforme con las indicaciones de los geógrafos e historiadores antiguos, Numancia estuvo situada en el cerro de la Muela, próximo a Garray, provincia de Soria, casi en la confluencia del río Duero con el Tera (2).

Los estudios de D. Eduardo Saavedra no habían trascendido al público. Habían transcurrido muchos años y, a decir verdad, nadie o casi nadie se acordaba en España de Numancia y de sus heroicos habitantes, cuando un día se presentó en Soria el señor Schulten, alemán, subvencionado por sociedades científicas de Alemania y, según mis noticias, por el mismo Emperador Guillermo II. Guiado por los estudios de D. Eduardo Saavedra, cuyos mapas poseía, y provisto de cartas de recomendación, tuvo todo género de facilidades y empezó a practicar excavaciones en el cerro numantino; pero un poco molestos los sorianos de que fuesen los extranjeros quienes hicieran tales estudios, iniciaron en la prensa una campaña con la que consiguieron que la atención pública se fijase en estos interesantes asuntos y el Gobierno nombrase una comisión que practicara las excavaciones y estudios.

La obra del Sr. Schulten será indudablemente muy discutida; pero en justicia hemos de reconocer que a su intervención se debe que el público, Gobierno y hombres de ciencia hayan tomado con calor la práctica de excavaciones en España; pues a las de Numancia han seguido las de Mérida, Córdoba, etc., etc. Hoy que las pasiones andan sueltas, podemos decir con toda serenidad de juicio: El profesor Schulten no descubrió Numancia; pero a su intervención se debe el que Numancia sea mejor conocida, tanto por lo que él hizo como por el estímulo saludable que obligó a los españoles a estudiar y trabajar.

Conocido el sitio donde fué Numancia, sentimos el deseo de averiguar o siquiera sospechar los motivos o razones por las que fué edificada en el cerro de su nombre. ¿Obedeció la elección de ese sitio a motivos de orden puramente militar y defensivo? Lugar es el cerro de la Muela muy estratégico y fácilmente defendible. Situado dentro de un ancho valle, las sierras forman alrededor un enorme campo atrincherado; los ríos lo cercan en gran parte y bajo su mirada podían los numantinos cultivar grandes extensiones de terreno. En las gargantas y pasos obligados de las sierras circunvecinas, en el punto más apropiado, se encuentran los restos de castros y fuertes y estos fuertes estaban tan bien situados,

(1) V. Acerca de este extremo: Gómez Santacruz. «El Solar numantino».

(2) E. Saavedra. Descripción de la vía romana entre Úxama y Augustóbriga.

que por medio de hogueras u otras señales ópticas podían comunicar entre sí y todos o casi todos con la ciudad.

Situados los jefes en Numancia, por las señales de los fuertes avanzados podían conocer la proximidad, dirección y fuerzas del

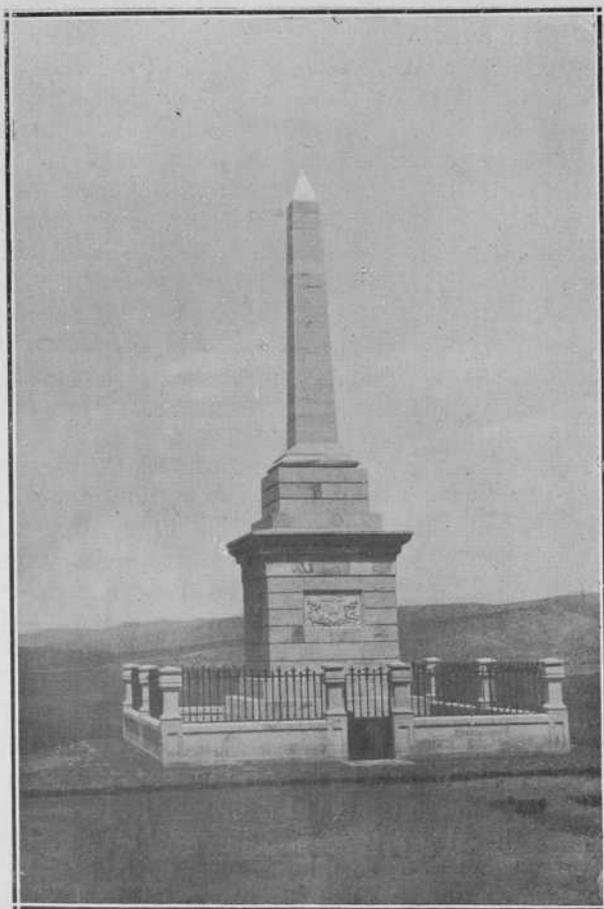


FIG. 3.^a

(Fot.^a Casado).

Monumento a Numancia, erigido en el cerro de su nombre por el senador D. Ramón Benito Aceña.

enemigo y tomar las determinaciones necesarias para colocar sus tropas en el sitio más adecuado. Podían cortar las comunicaciones aprovechando los accidentes del terreno, y pudieron combatir al enemigo con las mayores probabilidades de éxito. Dada la enorme diferencia de poderío existente entre Roma y Numancia, hay que

reconocer que más que el valor de los soldados contribuyó la inteligencia y pericia de los jefes a la porfiada defensa que, durante muchos años, hizo invencible a la ciudad celtíbera.

Con ser las anteriores razones muy importantes no bastan, a juicio mío, para explicar y justificar la elección del cerro de la Muela para construir en él la ciudad de Numancia. Contra lo que muchos creen, la humanidad antigua no vivía solamente por y para la guerra. Otras ideas y otros sentimientos influían poderosamente en su vida y entre los sentimientos quizá el más importante de todos era el religioso. ¿Pudo influir algún motivo religioso en la elección de ese sitio? Hojeando a Plinio, en cuya *Historia Natural* se encuentran tantas y tan variadas noticias del mundo antiguo, leímos una que llamó poderosamente nuestra atención, y es la siguiente: «Lugares en que no llueve nunca. En la isla de Paphos, en donde está el *Templo famoso de Venus*, hay un sitio donde no llueve nunca. Lo mismo ocurre en Nea, ciudad de Troada, alrededor del lugar donde está la *Estatua de Minerva*».

Cuando Plinio escribió este pasaje, los romanos cultos ya no creían en sus dioses ni concedían a las creencias y supersticiones del pueblo la atención y respeto que les habían tributado sus antepasados. Así, esta noticia que Plinio da como una curiosidad meteorológica tiene sin embargo un sabor y significado puramente religioso e indica bien claramente que la humanidad antigua, al construir sus templos se preocupó de elegir aquellos lugares notables por algún accidente meteorológico, tal vez porque en épocas anteriores a la erección de los santuarios sus solares habían sido sitios o lugares sagrados.

En el cerro de Numancia ocurre algo digno de mención. Los que viven en país o zona de tormentas frecuentes, saben que hay pueblos que sufren apedreos o granizadas, y en cambio, otros situados a veces a corta distancia, se ven libres de tan funesto azote. Las compañías de seguros contra el pedrisco tienen muy presentes estos datos para fijar las primas en cada pueblo. Pues bien; en el cerro de Numancia, situado en plena zona de frecuentes tormentas, apenas descarga una en él, y es en verdad un espectáculo admirable ver en día de tormenta, desde lo alto del cerro inmortal, cómo las nubes saltan de monte en monte, cómo van siguiendo las sierras circunvecinas, descargando en éstas sus rayos y pedriscos para dejar casi siempre indemne el altozano sagrado.

No afirmaremos rotundamente que en Numancia no haya una tormenta, pero sí aseguramos que su número es infinitamente menor que en las sierras próximas y desde luego que es imponente en sumo grado el espectáculo de las nubes saltando de una sierra a otra, dejando en el centro al cerro numantino. ¿No hay motivos

para sospechar que la elección de ese cerro para fundar a *Nemeto*, lugar santo, pudo obedecer al conocimiento de ese fenómeno meteorológico de acuerdo con ideas y sentimientos religiosos hondamente arraigados en la conciencia de la humanidad prehistórica? ¿No podemos establecer cierta relación entre Numancia, lugar donde apenas hay tormentas, y el Templo de Venus en Paphos y la estatua de Minerva en Nea, en donde no llovía o apenas llovía?

* * *

Nosotros sabemos cuándo fué destruída Numancia, pero ignoramos cuándo fué fundada. Tampoco sabemos cuál fuera la raza que la fundó, ni cómo ni cuándo vino a establecerse en esta elevada meseta soriana. El antiquísimo yacimiento de Torralba, descubierto por el Marqués de Cerralbo, prueba claramente que en el país habitaron seres humanos desde la remotísima época del *Elephas meridionalis*; pero a eso quedan casi reducidos nuestros conocimientos. Tal vez, andando el tiempo, cuando nuevos Cerralbos y Aceñas inviertan talentos y capitales para el progreso de la Ciencia, se aclararán las complejas y hoy insolubles cuestiones que plantea el conocimiento de los antiguos habitantes de Iberia. Esta carencia de datos nos obliga a buscar entre los históricos algún antecedente, fijándonos en los menos comentados y de mayor antigüedad ya que, contra lo que se ha hecho hasta aquí generalmente, hay que elevar lo más posible el origen e historia de nuestra patria.

De los autores antiguos hay uno, Varron, copiado por Plinio, el cual dice que los primeros habitantes de España fueron los iberos, *los persas*, los celtas, los fenicios y los cartagineses. A estos pueblos hay que añadir las colonias griegas cuya venida y establecimiento en España es muy probable que fuese anterior a la de los fenicios. Como esta afirmación choca con las ideas corrientes, nos creemos obligados a explicarla brevemente.

El establecimiento de las colonias en la península y otros puntos de la costa e islas del Mediterráneo, con fines principalmente mercantiles, era una consecuencia natural de la vitalidad de los pueblos colonizadores y de la hegemonía naval en el Mediterráneo, el mar en que navegaron los pueblos más adelantados de la antigüedad. Entonces, como hoy, el predominio de un pueblo implicaba la disminución de otro, si no llegaba a su destrucción. Ahora bien; está probado que algunas ciudades griegas fueron dueñas del mar antes del florecimiento de Fenicia y entonces se establecieron colonias, las cuales se debilitaron cuando Tiro y Sidón llegaron a

la plenitud de su poderío. Fenicia sufrió después los duros ataques de Asiria y finalmente su destrucción; entonces fué cuando Grecia tuvo un segundo período de gran vitalidad y poderío que es el más conocido, y a este período se atribuye el establecimiento de la mayor parte de sus colonias; pero no hay que olvidar aquel primero que aunque no sea tan brillante ni tan bien conocido, no es menos indudable.

De los persas famosos de Varrón, entendiéndolo por tales tal vez los pueblos o razas caucásicas que crearon las brillantes civilizaciones de Caldea, Asiria y Persia, propiamente dicha, apenas se dice nada en nuestra historia. Algún filólogo ha puesto en evidencia la relación existente entre raíces de palabras antiquísimas de Oriente y Occidente. *I-ber*, *Ti-ber*, *Per-si* (*per* y *per*, son sinónimos para estos efectos), para no citar otros muchos ejemplos, proclaman su parentesco; pero dejando para otros ese estudio que no es de nuestra competencia, es lo cierto que en varios puntos de España y en la misma Numancia se han encontrado objetos que proclaman su origen o parentesco oriental, y estudiando textos antiguos hallamos más de un motivo para sospechar que, en efecto, como decía Varrón, en época remotísima anterior a las colonizaciones griega y fenicia de que nos da cuenta la Historia, existieron relaciones entre los pueblos de la Iberia y los orientales que supieron crear las brillantes civilizaciones de Nínive y Babilonia.

Prescindimos por el momento de indicar las creencias y prácticas médicas comunes a los españoles y caldeos de las que trataremos en el capítulo siguiente. En el orden religioso, dice Estrabón de los persas: «No elevan estatuas (de dioses) ni altares; sacrifican en lugares elevados y dan culto al Sol al que llaman *Mithra*». El mismo autor, al hablar de los caláicos españoles, dice que no adoran o no tienen dioses, lo que a juicio de muchos debe interpretarse en el sentido de que no adoraban estatuas ni dioses antropomorfos como en Grecia y Roma (1). De los celtíberos dice que adoraban un dios innominado, indicación confirmada en Numancia, en cuyas ruinas ibéricas no se ha encontrado hasta hoy ara ni estatua, ni ruina de templo alguno. Todo induce a creer que los celtíberos, como los persas, sacrificaban al aire libre y tenemos muchos motivos para sospechar que también daban culto al Sol.

En otro orden de ideas, al describir algunos autores la educación que recibía la juventud persa, en los tiempos de austeridad que precedieron al dominio del Asia, refieren que se obligaba a los jóvenes a ser muy sobrios; que practicaban ejercicios gimnásticos y obedecían a los toques de trompeta. Casi las mismas pala-

(1) M. Menéndez Pelayo. «Historia de los heterodoxos españoles». T. I, pág. 303.

bras se emplean para describir las costumbres de algunas tribus españolas y en Numancia se han encontrado trompetas de barro, de las cuales una tiene una terminación de carácter asirio marcadísimo. Estas trompetas, por su fragilidad, no podían ser instrumentos guerreros; por su sonido no es fácil que fuesen instrumentos músicos; lo probable es que sirvieran para la educación de la juventud, como se hacía antiguamente en Persia y en las mesetas del Asia.

Otros objetos indican también las relaciones entre Oriente y

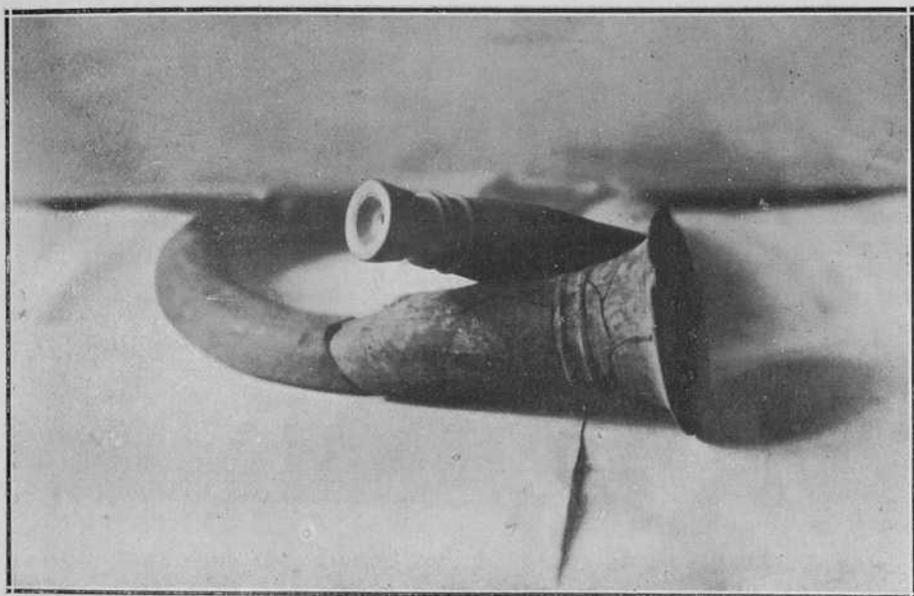


FIG 4.^a

(Fot.^a Casado).

Trompeta ibérica de barro fino y decorada. (Museo numantino).

Occidente, entre Asia y España. El profesor Schulten encontró en Numancia, cuando practicó excavaciones, una chapa de bronce con adornos de carácter asirio; fuera de Numancia hay que mencionar la famosa dama de Elche, de estilo ibero-oriental y la llamada bicha de Bazalote, representante en España de los famosos toros asirios.

Estas influencias orientales, hace años notadas y estudiadas, aunque a juicio mío no con la intensidad que se merecen, han sido por muchos atribuidas a la acción colonizadora y educadora que se supone ejerció en España un pueblo oriental: el pueblo fenicio.

La importancia y la vida de Fenicia, como la de otros pueblos antiguos, está siendo objeto de crítica y estudios minuciosos; de estos estudios se deduce que el papel del pueblo fenicio, en el progreso de la humanidad y en la difusión de la cultura, fué casi un papel mojado.

El famoso texto de Ezequiel, al cual se ha dado una interpretación demasiado extensiva y sobre todo, el haber practicado los fenicios sus grandes empresas marítimas en el principio de la era histórica, han sido motivo para que se hayan atribuido a Fenicia una importancia y un mérito de que probablemente careció.

Un estudio concienzudo de Mr. Salomón Reinach (1) reduce mucho el valor e importancia del pueblo fenicio. Según este autor, los fenicios no sólo no inventaron el estaño, como por muchos se ha creído, sino que ni siquiera fueron los primeros importadores de ese metal en Oriente, ya que además de la vía marítima que ellos utilizaron y durante algún tiempo monopolizaron, existió otra terrestre más antigua, que desde el canal de la Mancha iba a Marsella. Si al final la vía terrestre fué anulada por la marítima, fué por la mayor baratura de ésta, y tal vez por presiones e imposiciones de orden guerrero.

Salomón Reinach, con su enorme cultura pretende probar que los frigios personificados en su famoso rey Midas, fueron los primeros importadores del estaño en el Mediterráneo oriental. Podemos admitir provisionalmente esa proposición a reserva de que otros textos más antiguos o más explícitos prueben que fué otro pueblo el que primero importó el estaño en Oriente; en realidad para nosotros esa cuestión, con ser importante, es secundaria. La principal para nosotros sería poder averiguar o al menos sospechar qué pueblo inventó el estaño; quién conoció primero sus propiedades; quién supo extraerlo y beneficiarlo; quién hizo los ensayos y estudios para obtener el bronce que tanta importancia tuvo en la antigüedad y aun tiene hoy para la vida y progreso del hombre.

El estaño y el bronce fueron conocidos muchos siglos antes de la preponderancia de los fenicios. En un himno sumo-acadio antiquísimo, al fuego, se dice: «Tú eres el que mezclas el estaño y el cobre; tú eres quien purifica la plata y el oro». Pero a pesar de ser conocido en Oriente el estaño miles de años antes de nuestra era, es muy difícil que la invención de ese metal sea hija de los pueblos de Oriente, por la razón sencillísima de que en Oriente no hay estaño.

Lo natural y lo lógico es que esta invención importantísima fuera de los pueblos donde había minas de dicho metal y esos pue-

(1) Salomón Reinach. — «Cultes, Mythes et Religions». 2.^a edición. T. III, pág. 323.

blos eran de Occidente, españoles o británicos. Dada la superior cultura de los iberos, es mucho más probable que éstos y no los británicos inventasen el estaño y el bronce.

El pueblo fenicio no tiene en su haber más que una invención importante: la del alfabeto; pero quedan muchas dudas todavía acerca de si realmente fueron ellos los inventores o lo copiaron de otro pueblo y luego lo propagaron en sus viajes. De las naciones de Oriente que influyeron en la civilización antigua hay algunas conocidas. Caldea y Asiria, gracias al descubrimiento de la Real

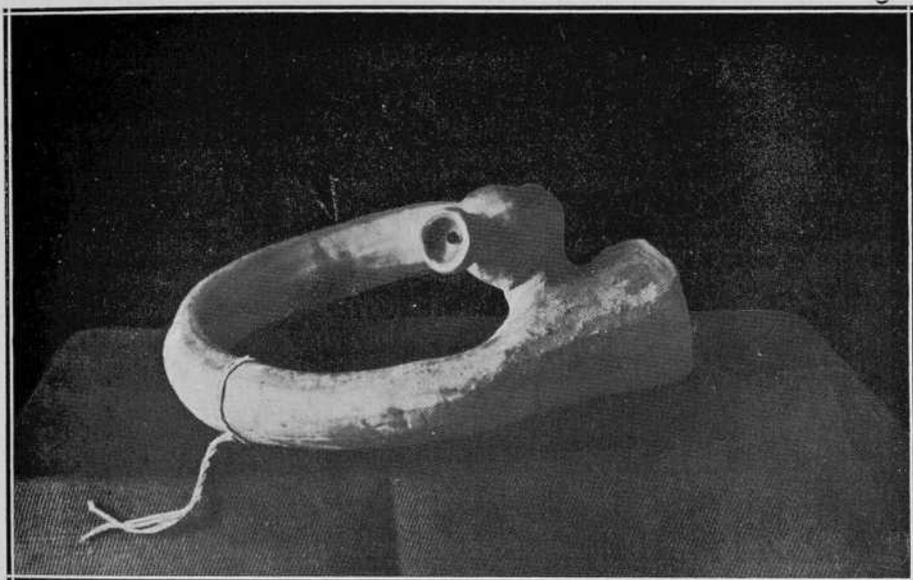


FIG. 5.^a

(Fot.^a Casado).

Trompeta ibérica, entera, encontrada en Villar del Río. (Propiedad de D. Gregorio García, de Garray).

Biblioteca de Asurbanipal, cuyas tabletas se hallan en el Museo Británico, están bastante bien estudiadas; el pueblo hebreo, gracias a la Biblia, nos es familiar; pero queda otro pueblo, el hitita, que nos es desconocido porque hasta hoy no se ha encontrado, como para Caldea, un documento bilingüe. ¿Pudo ser ese u otro pueblo el inventor del alfabeto?

Lo que no ofrece lugar a dudas es que el pueblo fenicio era un pueblo mercantil, materializado, aficionado a ganar dinero, y por tanto tenía interés en ocultar o no propagar sus conocimientos para poder explotar la ignorancia de sus clientes menos cultos.

Está probado que la pequenísima porción de fenicios que se establecieron en España pudieron influir muy poco en las condiciones de la raza ibera, y es un hecho conocido que sus famosas colonias en España no eran más que factorías mercantiles, cuya misión principal, si no única, era enriquecerse, si podían, honradamente.

Descartado el pueblo fenicio como propagador en España del arte y cultura orientales, no hay medios de conocer cuándo ni por dónde pudieron llegar éstas a nuestra patria. Se habla vagamente de monarcas orientales poderosos que llegaron con sus ejércitos hasta la Iberia; pero no pasa de ser una fábula sin fundamento histórico alguno. A falta de documentos tenemos que contentarnos con emitir alguna hipótesis para explicar ese hecho indudable.

Está probado, gracias a los textos de la biblioteca de Asurbanipal, que en la Mesopotamia, antes de la inmigración de la raza caucásica, había en el inmenso valle una civilización creada por individuos de raza turania o amarilla. Aunque los mitos coleccionados por Beroso dicen que aquellos inmigrantes blancos que por su mayor talento se impusieron a la raza aborígen y perfeccionaron la civilización turania, llegaron por el Sur, por el golfo pérsico, hay muchos motivos para creer que la principal corriente inmigratoria de los blancos fué por el Norte, por la región de Asiria, a juzgar por el grandísimo desarrollo y crecimiento que allí tuvo la raza caucásica. En efecto; en Asiria la población llegó a ser blanca, al paso que en Babilonia y en la parte Sur de la Mesopotamia fué siempre mezclada.

Si los blancos llegaron por el Norte ¿de dónde procedían? ¿Quiénes eran aquellas tribus monoteistas de mayor talento, aunque de menor cultura que las turanias? ¿Aquellos blancos no procederían de Europa? En este caso, en vez de decir que en Iberia hay señales de cultura oriental, podremos suponer que la cultura y civilización asiática, por lo menos la que crearon los blancos, tal vez fué en aquellas remotísimas épocas hija de Europa. Acostumbrados a pensar en romano, en griego y en oriental, esta hipótesis parece un dislate mayúsculo; pero otras más absurdas, al parecer, se han visto confirmadas con el tiempo y el estudio.

Los numantinos, en la época de las guerras celtibéricas y destrucción de la ciudad, eran celtas o de origen céltico. Lo dicen los geógrafos e historiadores y lo indican también muchos nombres de pueblos antiquísimos de la provincia de Soria. Abión, Arancón, Arévalo, Arguijo, Bretún, Buitrago, Ojuel, Yanguas, Vinuesa, Beratón, Borobia, Berlanga, Baraona, Sagides, Boos, Langa, etcétera, etc., denuncian con mayor o menor claridad su probable origen celta.

Para la clasificación y estudio antropológico de los antiguos numantinos no bastan los cráneos encontrados en las excavaciones. Son pocos y por tanto no se prestan a conclusiones de carácter general. Tal vez cambie nuestra situación si la comisión excavadora llega a encontrar la Necrópolis de la ciudad. Entonces, si los cráneos y restante esqueleto se han conservado bien, podrán hacerse estudios minuciosos y deducir alguna conclusión que aclare el oscuro problema del conocimiento de los habitantes del centro de España.

El nombre de celtíberos, las afirmaciones de los geógrafos e historiadores, el nombre de muchos pueblos de la meseta soriana indican claramente que los numantinos eran de origen celta; ¿pero era la población homogénea? ¿Formaban los celtas una aristocracia, como ha ocurrido en muchos pueblos en que una raza más inteligente o más guerrera ha dominado a los antiguos habitantes, primero por la fuerza y después por la mutua transigencia? ¿Al venir a esta meseta, suponiendo que viniesen, trajeron los celtas una civilización más adelantada o por el contrario, eran los celtas más guerreros pero menos cultos que los indígenas? Cuestiones son estas que por hoy no tienen solución. Al triunfo de Roma siguió una romanización de hierro. El idioma, la literatura, los tradiciones, la religión de los vencidos, cuanto podía recordar la libertad perdida, todo fué proscrito y destruído por los conquistadores.

El mismo alfabeto ibérico que por no tener documento bilingüe, apenas puede utilizarse, no se sabe de cuando data ni si fué anterior al fenicio. Todas, todas las fuentes de conocimiento fueron sistemáticamente destruídas o lastimosamente olvidadas. Por fortuna se va desarrollando en España la afición a las excavaciones y aunque es triste que entre los excavadores abundan algunos fenicios cuyas miradas y pensamiento están fijos en ricos museos extranjeros que pagan espléndidamente las Damas de Elche y otros objetos raros, patrimonio del pueblo español, es de esperar que los excavadores honrados y patriotas irán con sus azadas y talento

aclarando paulatinamente las espesas sombras que obscurecen a la antigua Iberia.

* * *

Aunque no sabemos cuando fué construída la ciudad de Numancia, podemos sospechar que fué en época de relativo adelanto.



FIG. 6.^a

(Fot.^a Casado).

Una calle ibérica de Numancia.

Los fuertes o castros que se encuentran en las sierras cercanas y donde es posible que se refugiara en épocas anteriores la población celtibera, son de factura más antigua. Numancia, la ciudad, acusaba ya un progreso notable, y es muy posible que tuviese más extensión de la que se ha supuesto hasta el día. Los estudios de mi buen amigo el Sr. Gómez Santacruz, prueban claramente que algunos de los campamentos descritos como romanos por el profesor Schulten eran arrabales de Numancia, unos construídos para la mejor defensa de la ciudad y otros expansión del solar principal. El progreso de las excavaciones, después que el Sr. Gómez Santacruz publicó su libro *El solar*

numantino, no ha hecho más que confirmar las afirmaciones de dicho señor.

Lo cierto es que Numancia fué edificada con cierto orden y plan. La parte excavada hasta hoy demuestra que los fundadores se preocuparon de conseguir que en aquel cerro de clima duro se obtuvieran las mayores condiciones de habitabilidad. Para esto trazaron las calles principales de Este a Oeste; las secundarias trazadas de Norte a Sur forman líneas quebradas con lo cual se



FIG. 7.ª

(Fot.ª Casado).

Ruinas y cimientos de casas ibéricas, en Numancia.

evitaban en parte los efectos nocivos del cierzo, tan desagradable en los días crudos del largo invierno.

Las calles de la ciudad estaban empedradas y tenían aceras formadas por grandes y toscas piedras desgastadas por el uso. Han sido precisos muchos siglos para que muchas ciudades de su importancia hayan superado o siquiera igualado a la numantina en la disposición y cuidado de las vías públicas.

Es característica de la ciudad celtíbera la colocación de grandes piedras, a modo de pasaderas, para atravesar las calles sin pisar el arroyo, ventaja grande en los días de lluvia y sobre todo de nieve. Esta colocación de pasaderas que también se

encontró en Cartago y Pompeya, todavía subsiste hoy en algunos pueblos de la sierra de Soria, donde son frecuentes las nevadas.

De la edificación y de lo que fueron las casas de Numancia, poco puede decirse; la destrucción de la ciudad fué tan completa que es difícil formarse idea exacta de sus edificios por los restos de cimientos que quedan. Es casi seguro que las casas y edificios debieron ser pobres, modestísimos si se los compara con los construídos en siglos posteriores; de pocas comodidades, si las juzgamos con nuestras ideas y exigencias. Para los numantinos que las habitaron, esas casas modestísimas debieron ser inmejorables; por conservarlas y defenderlas hicieron el sacrificio de todo lo que tenían: riquezas, familias y sus propias vidas.

II

Estrabón y su obra.—Un pasaje famoso de su Geografía.—¿Helioterapia?—¿Rito religioso?

Todo el que quiera estudiar la antigua Iberia tiene necesariamente que recurrir a la obra de Estrabón como fuente principal de conocimiento. Otros autores muy estimables y dignos de crédito, escribieron atinadamente de nuestra patria, ya como historiadores, ya como geógrafos; pero en el transcurso de los siglos sus obras han quedado mutiladas o, lo que es más sensible, se han perdido por completo. De la Geografía de Estrabón hemos tenido la suerte de que llegase a nuestra época íntegro su libro tercero, precisamente el en que describe la Iberia.

Por si esta condición no bastase, reúne el ilustre geógrafo otras muy meritorias que le hacen digno de estudio. En su Geografía dedica bastante espacio a la descripción de las costumbres, religión, cultura e instituciones de los países que estudia, y esta circunstancia facilita notablemente el conocimiento de la vida y modo de ser de los antiguos habitantes de Iberia.

Posee Estrabón otra cualidad de valor inestimable: su ferviente deseo de ser veraz. Cuando vemos la dureza con que fustiga a otros autores que, por adulación a los generales vencedores, exageran los sucesos; cuando vemos su excelente juicio crítico, parece que adquirimos cierta confianza en la veracidad de sus afirmaciones.

Estrabón procura escribir objetivamente; confiesa lo que ha visto con sus propios ojos y lo que copia de otros autores o le cuentan otros viajeros. Por otra parte no tiene Estrabón, como otros autores anteriores a él, motivos para exagerar o desfigurar los hechos, pues escribe en una época en que, calmadas las pasiones de la lucha y sometida España, ésta convive tranquilamente con Roma a la que provee de mercancías y soldados, de sabios y generales. No está exenta de defectos la obra de Estrabón como humana al fin, pero comparados con sus méritos son éstos muy superiores y aquéllos fácilmente perdonables.

Al copiar y comentar a Estrabón, lo mismo que a otro autor

cualquiera de la antigüedad, hay que tener muy presentes las condiciones de la época del escritor y juzgar de él y de su obra, colocándonos mentalmente en las condiciones de su tiempo. Hay que ponerse en guardia contra un vicio muy extendido y expuesto a muchos y graves errores, y es la ligereza con que se admiten, como artículos de fe, las afirmaciones y relatos de los autores antiguos, sin tener presente que también eran hombres; que también tenían sus pasiones, simpatías y antipatías; que también había algunos *adocenos*, como dijo de uno célebre Menéndez Pelayo, y, sobre todo, que también los autores antiguos procedieron muchas veces con ligereza, juzgando con sus ideas de hombres cultos las creencias, los ritos y las costumbres de épocas anteriores a la suya.

Para conocer nosotros la antigua Iberia necesariamente tenemos que aprovechar los relatos de los geógrafos e historiadores antiguos; pero será una medida prudente someterlos a una crítica rigurosa y sobre todo comprobar, siempre que sea posible, sus asertos, por aquellos medios que no han variado con el transcurso de los siglos, como son: topografía del terreno, obras de arte y en general todos los objetos extraídos en las excavaciones.

Entre las costumbres de los antiguos españoles descritas en la Geografía de Estrabón, hay una que a nosotros, médicos, nos interesa en grado sumo y es la que se refiere a la manera de tratar los enfermos. El pasaje de este geógrafo ha sido mal o medianamente traducido; yo mismo, al verter el texto latino de la edición de Isaac Casaubón del año 1620, copié como todos los autores lo que sigue: «*Colocan (los españoles) a los enfermos en los caminos, siguiendo una antigua costumbre caldea (el texto dice equivocadamente egipcia; pero en el transcurso de la obra se rectifica el error de copia) para que aquellos que conozcan su enfermedad les aconsejen algún remedio*». Este pasaje que ha ido rodando de libro en libro, aceptado al pie de la letra, sin crítica de ningún género, ha sido la única fuente de conocimientos de la Medicina de los antiguos iberos. Las consecuencias no podían ser más desastrosas; a los antiguos españoles se les consideró, en las cosas médicas, indignos hasta del modestísimo taparrabos. La mayor parte de los autores que han copiado el anterior pasaje, ni siquiera se han tomado el trabajo de leer todo el libro tercero de la Geografía de Estrabón; si lo hubieran hecho hubiesen encontrado otros pasajes referentes a la Medicina, los cuales suponen en los antiguos iberos muy exactos conocimientos, de epidemiología sobre todo, conocimientos que ningún otro pueblo antiguo poseía y que son muy propios del talento y agudeza natural del pueblo español.

El deseo de descifrar esos textos, cuya traducción latina no

me satisfacía, fué precisamente el motivo de que yo pensase en obtener una traducción directa del griego, de los pasajes de la Geografía de Estrabón referentes a la Medicina. Mi amigo el catedrático D. Mateo Rioja, helenista distinguido, cumplió a maravilla este cometido, y por su traducción pude conocer que la que todos habíamos aceptado difería algún tanto de la verdadera, ya que en el texto latino falta un detalle importante como es la clase de enfermos que se exponían, pues no todos se sometían a este tratamiento.

He aquí la traducción del Sr. Rioja: «*Siguiendo antigua costumbre de los caldeos (egipcios, dice, por error de copia, el texto) determinaban (los españoles) un puesto en los caminos a algunos de entre los enfermos lánguidos, para que si alguno entendía de aquellas enfermedades confiarlos a la gracia de su arte médica*».

Como puede verse, el pasaje consta de dos partes completamente distintas; en la primera el autor narra la costumbre de exponer los enfermos; en la segunda pretende dar una explicación de esa costumbre que tanto difería de las de los griegos, sobre todo en la época de civilización adelantada en que Estrabón escribió su obra. Nada podemos oponer a la veracidad de la costumbre que refiere el geógrafo; la admitimos como cierta con tanto mayor motivo cuanto que esta misma costumbre existió en otros pueblos, como vamos a ver en seguida.

Dice Estrabón que los españoles seguían o practicaban una costumbre caldea, y en efecto, no sólo Estrabón, sino que también Herodoto refieren que «*los babilonios exponen a los enfermos en las encrucijadas, buscando de los viandantes si alguien conoce algún remedio para aquella enfermedad. De los viandantes no hay ninguno tan malo que deje de dar su consejo si conoce algo saludable*» (1). Aquí, como se ve, el pasaje consta de tres partes; en la primera se narra la costumbre; en la segunda se pretende dar una explicación de ella lo mismo que en el referente a Iberia y, finalmente, en la tercera se pretende justificarla con la bondad de los viandantes (de su capacidad y conocimientos no se dice una palabra).

No es la primera vez que los autores antiguos, en esto parecidos a muchos modernos, al describir una costumbre, un rito o una creencia de sus contemporáneos o antepasados, si pretenden explicarlos lo hacen con arreglo a sus ideas, sin tener en cuenta las condiciones de la época en que dichas costumbres o ritos se iniciaron. Célebre ha sido, por las falsas consecuencias deducidas, la ligera interpretación de un rito antiquísimo hecha por Polivio

(1) Estrabón, lib. XVI.



y otros autores antiguos (el de destruir los objetos que se enterraban con los cadáveres); y no menos célebres y pueriles van resultando las tentativas de varios autores modernos, al pretender explicar ciertos dogmas y preceptos de religiones antiguas, dándoles el valor y significado de verdaderos preceptos higiénicos, como si Zaratustra y Mahoma, por no citar otros legisladores religiosos, hubiesen estudiado mucha Medicina y precisamente una Medicina con las mismas orientaciones y progresos que la de la actualidad. Algo de esto le ocurrió también a Estrabón, al pretender explicar la costumbre de exponer los enfermos en Iberia y Caldea. Hombre culto, cultísimo, nacido y educado en Grecia, donde las Ciencias y las Artes habían adquirido un grado de notable perfección, viviendo en una época en que ni los griegos ni los romanos cultos creían en sus dioses, en pleno racionalismo, en una palabra, procura explicar racionalmente la costumbre de exponer los enfermos y, como a griego culto, sólo pudo ocurrírsele la idea de que aquellos enfermos buscaban la salud; la salud sólo podía darla el médico, y al no ir éste a visitar a aquellos enfermos, éstos suplicaban un consejo de las personas que acertasen a pasar por el sitio donde estaban colocados.

La explicación que da el célebre geógrafo de esa costumbre española y caldea de exponer los enfermos, pugna con la que se le ha dado por otros muchos autores, los cuales la han considerado como un signo de ignorancia, de barbarie y aun de salvajismo. Estrabón, que vivió más cerca que nosotros de aquellos remotos tiempos, sabía muy bien que no podía ser el salvajismo y la ignorancia el motivo de exponer los enfermos.

Conocían los antiguos perfectamente que en la Mesopotamia había habido una civilización adelantadísima y que Babilonia había sido durante siglos, mucho antes que Grecia y Roma, el centro del saber. El descubrimiento de la Real Biblioteca de Asurbanipal ha puesto en claro lo que fueron aquellas ciudades orientales, Nínive y Babilonia, en donde hubo arquitectos e ingenieros que supieron trazar y construir presas, canales y pantanos de gigantescas proporciones con los que hicieron un jardín de lo que hoy es un estéril desierto.

Esa misma Biblioteca en la que se han encontrado tratados de Geografía, Gramática, Literatura, Religión, Historia, Derecho civil, Historia Natural, Matemáticas y Astronomía (todo induce a pensar que Pitágoras tomó de los asirios su famosa tabla de multiplicación), Astrología, etc., etc., indica tal grado de civilización y adelanto, que sería absurdo suponer siquiera que la costumbre de exponer los enfermos obedecía a ignorancia. Por este conocimiento que Estrabón tenía de lo que había sido Babilonia, tiene

muy buen cuidado no sólo de explicar el por qué de la costumbre, sino que pretende justificarla diciendo *«que de los viandantes no hay ninguno tan malo que deje de dar su consejo, si conoce algo saludable»*.

Pero si Caldea y Asiria habían sido pueblos muy civilizados, no lo eran menos muchos pueblos españoles de la antigüedad, aunque otra cosa crean o pretendan creer muchos autores.

Doscientos años después de la caída de Nínive la orgullosa,

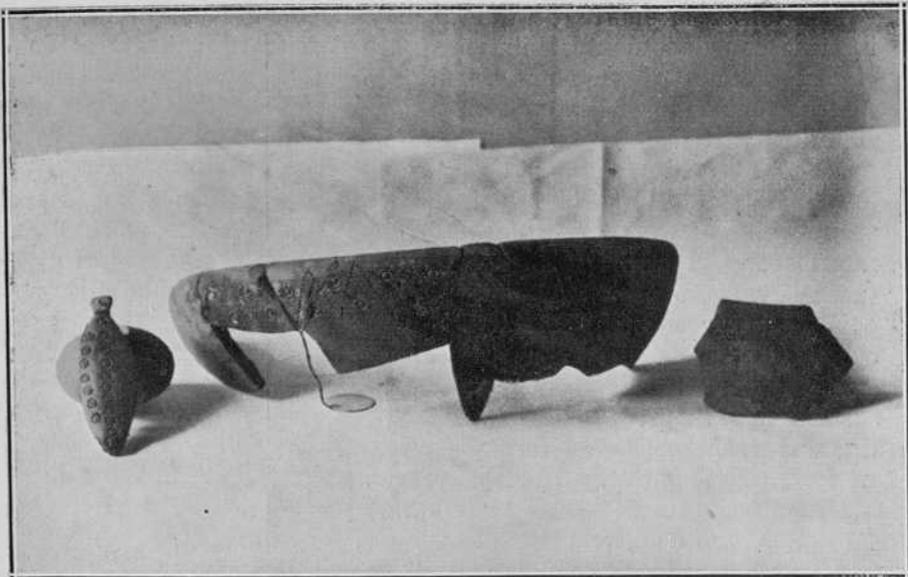


FIG. 8.^a

Fot.^a Casado.

Cerámica y arma donde están grabados círculos. (Museo Numantino).

la cultísima, la que supo construir en cinco años el maravilloso palacio-ciudad de Sargón, cuando pasó por sus proximidades Xenofonte el general historiador, no pudo reconocer el sitio donde había estado la reina del Oriente. El odio y el fuego, más aquél que éste, habían borrado todo recuerdo, y hasta hace pocos años los hombres cultos sólo conocieron de la historia de Asiria lo que dijeron de ella los profetas de Israel y los historiadores griegos. Los primeros eran enemigos naturales de los asirios, los segundos habían recibido sus noticias a través de los medos, enemigos jurados de Asiria, a cuya destrucción contribuyeron en unión del ilustre Nabucodonosor, rey de Babilonia. La historia de Asiria

era una sombra de la verdadera historia, y era imposible que nadie pudiera formarse idea exacta del poder, de la cultura y de la grandeza de Nínive.

También España, después de la conquista romana, vió desaparecer por el hierro y el fuego cuanto le era característico. Literatura, tradiciones, historia, ciencia, religión, todo lo que podía recordar la libertad detentada fué desapareciendo con la mayor rapidez posible, y pocos años después de la conquista no quedaba absolutamente ningún recuerdo y los geógrafos e historiadores romanos venían a *descubrir* al pueblo español. No ha tenido éste, como Asiria, la suerte de que se hayan encontrado bibliotecas ibéricas con documentos bilingües para descifrarlas; hasta se da el caso de que los documentos ibéricos que quedan son de dudosa interpretación por la falta de un documento que nos indique el significado de las palabras o al menos de muchas palabras. Para apreciar la cultura de la antigua España, no tenemos, en realidad, más fuentes que los historiadores y geógrafos del pueblo vencedor. Es de suponer que no serían éstos excesivamente benévolo con el pueblo vencido; por tanto podemos tomar al pie de la letra y aceptar como bueno todo lo que digan de la cultura de los antiguos españoles. Ahora bien, aunque no escasean los epítetos fuertes contra los antiguos iberos que se empeñaban en estorbar la pacífica posesión de España, todavía encontramos en sus obras datos y detalles indicadores de gran cultura en la antigua Iberia.

Por Polivio sabemos que los celtíberos eran gente culta y que aventajaban a los romanos y a los galos en las artes del hierro y sobre todo en la construcción de espadas. Este dato, el de la maestría de los antiguos españoles en el arte de forjar y manejar los metales, unido a la circunstancia de existir en la península yacimientos de estaño explotados desde la edad de piedra (pues de piedra eran los útiles que emplearon los obreros sepultados y encontrados no hace muchos años, en una de ellas), dan motivo suficiente para sospechar y creer que la invención del estaño y del bronce tuvo lugar en la antigua Hesperia. La afirmación de que los celtíberos eran grandes forjadores de armas, se ve confirmada en las excavaciones de Numancia, donde los ejemplares encontrados, al decir de los inteligentes, estaban admirablemente contruidos.

Como prueba de que los españoles eran gente adelantada, podemos decir que los soldados que guerrearon a las órdenes del gran Aníbal iban vestidos, bien vestidos, en lo que se diferenciaban de los galos que iban desnudos. Las embajadas de los Bellos y Arevacos se expresaron admirablemente ante el Senado Romano

que, esperando la llegada de individuos semisalvajes, no pudo ocultar su admiración.

Al decir de Estrabón los turdetanos eran gente cultísima y en la ribera del Betis hacia miles de años que había florecido una civilización adelantada. Por cierto que algunos autores, como Lafuente entre ellos, niegan la verosimilitud de ese aserto, fundándose en una cronología famosa sacada arbitrariamente de la Biblia, y de la cual, con muy buen acuerdo, no quiso hacerse solidaria la autoridad de la Iglesia. Hoy sabemos, por documentos históricos, que el mundo es más antiguo de lo que se creía; podemos, pues, aceptar como posible la afirmación de Estrabón, según la cual, los habitantes de la Bética tenían una civilización adelantada varios miles de años antes de nuestra era.

La explicación, pues, de esta costumbre de exponer los enfermos, dada por muchos autores, atribuyéndola a incultura y salvajismo, no puede admitirse de ningún modo: sin embargo, todavía insiste en ella algún autor aduciendo como prueba que en Caldea no había conocimientos médicos. En primer lugar, porque hasta hoy no se hayan encontrado en la Mesopotamia libros o documentos que traten de Medicina, no puede deducirse que no los tuvieran. Sabido es que en Asiria y Caldea había varias ciudades *de libros* o con bibliotecas que hasta hoy no han sido descubiertas; pero además tenemos otros documentos que hacen sospechar que aquellos pueblos orientales no estaban ayunos de conocimientos médicos y se preocupaban seriamente de la salud de sus enfermos.

Sabido es que las tribus iránias vivían en un estado de cultura relativamente bajo cuando Asiria y Caldea estaban en su apogeo. Los medos, para ser nación poderosa, tuvieron que copiar la organización militar de Asiria, y los documentos de los acménides persas, empezando por el gran Kurush o Ciro, se escribieron con los caracteres cuneiformes del pueblo babilónico. La cultura y el saber irradiaban del llano a la montaña; podemos, pues, suponer que las creencias y prácticas médicas de los iránios serían también las de los caldeos probablemente muy mejoradas.

En el *Vendidad*, libro sagrado en que se describen costumbres y ritos de los antiguos iránios, hay un capítulo interesante que trata de los médicos, sus tratamientos y honorarios. «Si varios médicos ofrecen curar, el uno por el cuchillo, el otro con hierbas y el tercero con la palabra santa, este último será el que mejor echará la enfermedad del cuerpo del creyente». Esta manera de pensar y ordenar del libro sagrado nada tiene de extraña si recordamos que para los antiguos iránios, o al menos para los sacerdotes, la enfermedad era una posesión diabólica. La fe del pueblo, sin em-

bargo, no debía ser absoluta en la eficacia exclusiva de la oración, cuando recurría también a los médicos de hierbas y de cuchillo.

Para la clase sacerdotal que tal vez quería ejercer el monopolio de curar, los otros médicos, sobre todo los cirujanos, debían ser seres peligrosos a juzgar por las limitaciones que pusieron al ejercicio de su arte y por las pruebas de suficiencia que se les exigían. Los cirujanos tenían que sufrir una especie de prueba o examen que consistía en practicar operaciones quirúrgicas en sectarios de otras religiones.

«En adoradores de los daevas (demonios) se ensayará primeramente. Si trata con el cuchillo a un adorador de los daevas y le mata (y a un segundo y a un tercero), quedará incapacitado para practicar el arte de curar para siempre.

»Si osare asistir a un adorador de Mazda, y le hiriese con el cuchillo, pagará la misma pena que por un asesinato.

»Si trata con el cuchillo a un adorador de los daevas y le alivia (y a un segundo y a un tercero), se le habilitará para practicar el arte de curar para siempre. En adelante podrá asistir a los adoradores de Mazda y curarlos con el cuchillo».

Los honorarios se fijaban en especie: bueyes, asnos, y yeguas, camellos y carneros, y se graduaban según la riqueza del paciente. Un Gobernador pagará un arado y cuatro bueyes; por curar un carnero (los médicos eran también veterinarios) cobrará un pedazo de carne. Por curar a un sacerdote el único premio era una santa bendición. Como se ve, aparece cierto antagonismo entre los médicos y la clase sacerdotal; lo probable es que los primeros adquiriesen su cultura de primera o segunda mano en Babilonia que para las clases sacerdotales de la antigüedad fué un foco de corrupción, tal vez porque la gran ciudad tenía la fatal manía de pensar.

Lo mismo podemos decir de Iberia. Aunque se exponían los enfermos, también había médicos y cirujanos. En el último capítulo de este trabajo encontrará el lector la relación de los instrumentos de cirugía encontrados en Numancia, cuya destrucción fué anterior a la fecha en que Estrabón escribió su célebre Geografía.

Otra interpretación ha recibido esa costumbre de exponer los enfermos en Iberia y en Caldea. En ésta ya no se trata de falta de cultura, se atribuye la costumbre a falta de piedad por parte de los deudos que, al sacar los enfermos a la calle, los sometían a una especie de *cribado*. El fuerte se curaba y era útil a la familia y a la sociedad; en cambio, el débil, el que tenía que morir, lo hacía cuanto antes, librando a la familia de cuidados y a la colectividad de bocas inútiles.

Si ésta hubiese sido la causa de la costumbre, no hubiese dejado de consignarla Estrabón; precisamente a él, como griego, no podía causarle extrañeza, ya que en su misma patria, en Esparta, aunque en otro orden y medida, se había practicado la selección artificial de la especie humana. De ningún modo puede admitirse esa explicación tan absurda como la de falta de cultura.

En Caldea y en Asiria hubo indudablemente piedad, aunque otra cosa parezca deducirse de los relatos que los enemigos de aquellos pueblos nos legaron. Hoy que conocemos mejor su historia, aunque todavía quedan muchas lagunas, sabemos que aquellos terribles conquistadores, de mano dura para sus enemigos, eran también a su manera hombres piadosos y algunos fueron celosísimos gobernantes que se preocuparon mucho del bien de sus pueblos.

Una inscripción relativa al famoso Sargón dice: «El rey que se informaba de las públicas necesidades, recibía con agrado las peticiones y aplicaba su entendimiento a reconstruir los pueblos arruinados y a cultivar los terrenos de los alrededores; el que plantó árboles en las cimas de las montañas peladas, donde nunca había habido vegetación; el que se afanaba en convertir los parajes yermos jamás regados por ningún canal, en tierras de labor donde brotaba el grano y resonaban alegres cantos y en limpiar los cauces abandonados de las corrientes de agua y abrir zanjas surtiéndolas de aguas tan abundantes como las olas del mar; un rey de inteligencia clara, de ojo vigilante en todas las cosas, atinado en el consejo, sabio y de discernimiento bastante para llenar los almacenes de la ancha tierra de Asshur de víveres y provisiones hasta tenerlos repletos, y para no permitir que el aceite que da la vida al hombre y *cicatriz* las heridas, se venda demasiado caro, y para regular el precio del sésamo lo mismo que el del trigo».

Esta hermosísima inscripción capaz por sí sola de colmar de gloria la noble figura del afortunado conquistador, indica varias cosas: indica que aquellos hombres a quienes sus enemigos nos retrataron poco menos que como fieras, eran hombres de sentimientos humanitarios, y la parte subrayada por mí indica bien claramente que los enfermos, los heridos sobre todo, no se abandonaban a su suerte y a la acción benéfica de la naturaleza. El aceite, el santo aceite que servía para ungir a los reyes, se empleaba también para curar los heridos, lo mismo exactamente que se ha venido haciendo casi hasta nuestros días, pues el aceite, santificado además por el fuego sagrado, fué remedio soberano que se empleó por los blancos desde la más remota antigüedad para la curación de las heridas. Había piedad y había cuidados para los enfermos.

También de los iberos contaron horrores sus enemigos; pero como la verdad se abre paso, los mismos autores latinos han referido rasgos de nobleza y caballeridad que indican en nuestros antepasados un alma grande y generosa. Copiaremos como muestra dos pasajes: uno de Plutarco Queroneo y otro de Veleyo Patérculo.

«En la paz que con Numancia vencedora había ajustado Mancino, medió Tiberio Graco, del cual se fiaron los numantinos por su valor, por su buen nombre y por la memoria de su padre Tiberio. Merced a aquel tratado pudieron salvar la vida veinte mil ciudadanos romanos, los servidores y demás gente que seguían los reales sin formar parte del ejército. Cuanto había en el campo fué, por ley de guerra, presa de los numantinos, los cuales se apoderaron también de los libros de cuentas y justificantes de la Cuestura de Tiberio. Temiendo éste las insidias y malévolas interpretaciones de Roma, quiso recobrar sus libros, y para este fin, fué con dos o tres amigos a Numancia. Los numantinos (que debían tener buenos motivos para sospechar de la mala fe de los romanos) lo recibieron bien; le invitaron a entrar en la ciudad a lo que se resistía el romano; le obsequiaron con un banquete; le dieron sus libros y, como atención al huésped, le invitaron a que tomase del botín lo que quisiera» (1).

«El tratado de Mancino (el en que había mediado Tiberio) no quiso ratificarlo el Senado romano, y para salir del atolladero y encubrir su mala fe (pues lo justo hubiera sido colocar al ejército en las mismas condiciones en que se encontraba cuando se firmó la paz) no encontró otro medio que entregar a los numantinos al desdichado general desnudo y maniatado. Los numantinos no quisieron admitirle en la ciudad ni le hicieron daño, porque según ellos, *la pública violación de la fe jurada no debía expiarse con la sangre de un hombre solo*» (2). ¿Puede darse conducta más noble que la de los numantinos? ¿El pueblo que así procedía, no era un pueblo moral? ¿Un pueblo de estas condiciones, es posible que colocase sus enfermos en los caminos para que se murieran y librarse de una carga? Imposible, no podemos admitir en buena lógica semejante interpretación.

La observación y la experiencia, fuentes de conocimiento médico, han enseñado que los rayos solares ejercen una acción curativa indudable en muchas enfermedades. De aquí nació la Helioterapia, último o penúltimo figurín de la Terapéutica. Hasta dónde llega la virtud curativa del sol es difícil saberlo; al decir de algunos especialistas es verdaderamente maravillosa y no hay lesión

(1) Plutarco.—Vidas paralelas.

(2) Veleyo.—Historias romanas.

que se le resista; pero desde que para practicar la Helioterapia se han montado grandes sanatorios e invertido grandes capitales, ya no sabemos si los entusiastas de este método curativo, al publicar sus lujosos folletos, proceden como hombres de Ciencia o sencillamente defienden sus dineros, como cualquier amo de balneario.

Los entusiastas de la Helioterapia, en su afán y deseo de ennoblecere el método, han querido para él los prestigios que da la antigüedad, y a semejanza de todos los advenedizos, buscaron y

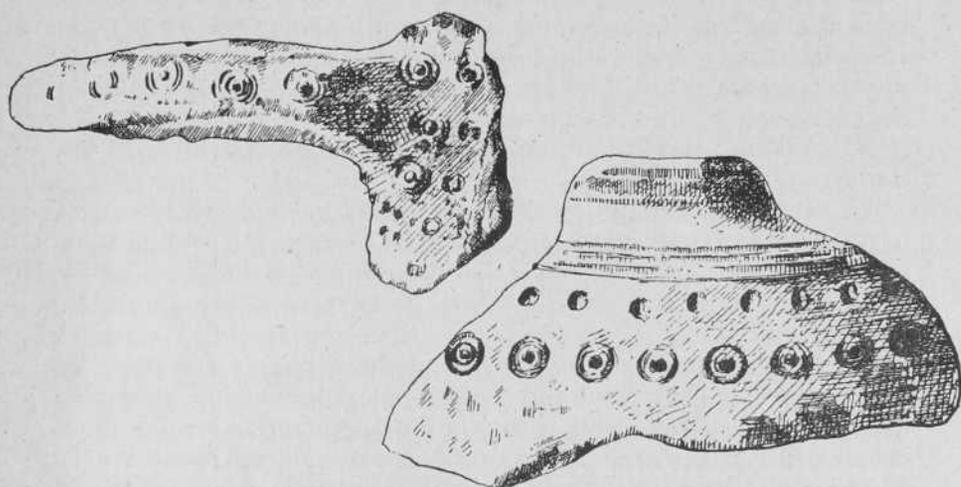


FIG. 9.^a

Cerámica con círculos. (Museo Numantino).

rebuscaron en los archivos de la Historia y hallaron los ascendientes de la Helioterapia en la noble Grecia y... en la exposición de los enfermos que se practicaba en Iberia y en Caldea.

No hemos de insistir mucho en refutar esa interpretación. Claro es que la práctica repetida de la exposición de los enfermos, en la forma que veremos se practicaba y con la clase de enfermos que a ella sometían, es una práctica racional y concedemos de muy buen grado que sería altamente beneficiosa; pero al dar a aquella costumbre el valor de una práctica científica, se comete el error de juzgar a los antiguos con nuestras ideas y sentimientos. Cometen los helioterapeutas el mismo error que los higienistas cuando atribuyen la prohibición de la carne de cerdo, en algunas religiones, a conocimientos de Higiene. Sabido es que esta

prohibición de comer cerdo no era más que un *Tabú* que los grandes legisladores convirtieron en precepto religioso. Entre esta exposición de los enfermos y la científica Helioterapia, hubo sencillamente una coincidencia; pero los orígenes de ambas son completamente distintos. Parodiando un dicho vulgar, diremos que ambas se llaman López, pero aquéllos eran otros López.

Ha dicho un filósofo que nada hay sin razón suficiente; esta práctica de exponer los enfermos, común a los iberos y caldeos, debía tener muy buenas razones para que persistiese un año y otro año, un siglo y otro siglo; tenía que estar íntimamente arraigada en la conciencia de los hombres y obedecer a uno de esos sentimientos de carácter colectivo. Como tal no podía ser más que el sentimiento religioso, y en efecto, esa famosa exposición de enfermos tan traída y tan llevada, era un rito antiquísimo del culto al Sol, culto que se practicó en muchísimos pueblos de la antigüedad y del cual hay recuerdos, pruebas y documentos de los más variados.

Si nos remontamos mentalmente al período glacial, a aquel triste período de la historia de nuestro planeta que obligó a su pobre y primitivo habitante a buscar refugio en las cavernas y en los sitios abrigados del cierzo que azotaba sus carnes ateridas, podremos imaginar cuánto amor y cuánta gratitud sentiría el hombre hacia el sol, cuyos rayos benéficos ponían un poco de consuelo en sus sufrimientos y hacían tolerable la vida. ¡Después de una noche de frío cruel, con qué ansia esperarían los hombres la salida del astro rey y con cuánta alegría recibirían su presencia en Oriente! Esta situación de ánimo, prolongada por años y por siglos ¿no basta para explicar el culto que se rindió al sol por pueblos de latitudes tan distintas como Persia y España, como Méjico y el Perú?

Cuando pasado aquel período cruel, el hombre libre ya del frío vió que el Sol animaba la Naturaleza y que al calor de sus rayos germinaban las semillas y crecían las plantas; cuando vió cómo su salida por Oriente era saludada con cantos de alegría por las aves de la selva, la pobre humanidad, presa de terrores y cohibida por los *tabús*, tuvo que ver en el Sol al espíritu del bien que velaba por ella y, sin *guía espiritual*, sin una razón poderosa para elevarse sobre lo sensible y material, rindió al Sol culto de adoración. Al Sol contó sus pesares; en el Sol confió en sus desgracias y al Sol pidió la madre la salud y la vida de su hijo enfermo; porque las madres siempre han sido madres y siempre han caído de rodillas ante sus hijos moribundos.

El culto al Sol se practicó por muchos pueblos de la antigüedad. Algunos autores, buscando su origen y siguiendo sus peregrina-

naciones, pretenden colocar su origen en Persia donde Mithra, símbolo de la bondad, recibió un culto que llevaba aneja la práctica de una moral austera y elevada, moral que, con la de Orfeo, prueban que en el mundo antiguo también brotaron y crecieron lozanas las dulces flores del Amor y del Bien.

Nosotros no creemos que el culto al Sol naciera en un punto determinado y de allí se extendiese hacia otros pueblos y regiones. Para nosotros ese culto es de origen múltiple y el más antiguo de las religiones conocidas. Debió nacer en los tiempos crueles del período glacial y nació por la gratitud de la humanidad dolorida. Su presencia en puntos tan distantes del planeta no podría explicarse ni por las emigraciones de las razas, ni por la imposición de los vencedores, ni por la abnegación de los apóstoles.

Como todos los ritos, como todas las religiones, el culto al Sol evolucionó con el transcurso de los siglos. En unas partes (y tal vez Numancia fuera una de ellas) se conservó puro durante muchos siglos; en otras, este culto fué recibiendo influencias de diversa índole, y a semejanza de un río que limpio y transparente en su origen, es turbio y sucio en su desembocadura, el culto del Sol se desfiguró hasta el punto de tener que hacer verdaderos esfuerzos para reconocerlo, en medio de los simbolismos y prácticas extrañas. Sus raíces, sin embargo, eran tan hondas en la conciencia de la humanidad que transcurrieron los siglos, murieron otras religiones, se renovaron las ideas y los sentimientos, surgieron y cayeron nuevas civilizaciones; pero algunas prácticas y algunos ritos de esa religión antiquísima, perduraron como roca inmovible hasta los tiempos históricos y de una manera inconsciente hasta nuestros propios días.

Una y la misma era la costumbre de caldeos e iberos de exponer los enfermos, que no se hacía en cualquier parte, en cualquier sitio del camino como se ha dicho, sino en *puestos determinados*, como dice el texto griego. Tampoco se colocaban todos los enfermos, sino *a algunos de entre los enfermos lánguidos*. Cuáles eran estos enfermos y para qué los exponían, lo dice claramente un himno al Sol, descubierto en la famosa Biblioteca de Asurbanipal, en el cual un sacerdote pide al Sol la salud del rey.

«¡Oh Sol, no desatiendas las manos que a Ti se elevan! ¡Acepta su sacrificio; devuélvele su dios, para que le sirva de apoyo! ¡Que por tu voluntad se le perdone su pecado y se le olvide su delito! ¡Que le deje la aflicción! ¡Que se cure de su enfermedad! ¡Da al rey nuevas fuerzas vitales! ¡Guarda al rey que está a tus pies! y guárdame a mí también, tu respetuoso siervo, que te elevo esta súplica».

El famoso pasaje de Estrabón bien traducido, dice lo mismo que ese himno hermoso. Una clase de enfermos *lánguidos*, que ne-



cesitaban nuevas *fuerzas vitales*, se colocaban en *puestos determinados de los caminos a los pies del Sol*. Esta exposición fué al principio plegaria fervorosa para conseguir la salud perdida; fué rendida oración de la humanidad enferma al Todopoderoso representado por la suma bondad del Sol.

En otros pueblos se encuentran también señales de este rito aunque algo adulterado por otras influencias religiosas y aun médicas. Conocidos son los santuarios de Creta y Rodas, donde se utilizaban los rayos del Sol como medio curativo, tal vez combinados con otra clase de remedios; y merece especial mención el famoso templo de Mileto dedicado a Apolo y Diana, donde según Ephoro, acudían en busca de salud los enfermos y se les curaba empleando *únicamente* los rayos del Sol. Algún espíritu superficial sonreirá tal vez al pensar cuán inútil sería el viaje al santuario de Mileto y cómo perderían el tiempo los enfermos que se exponían al Sol en Iberia y en Babilonia; pero el que medite acerca de los misterios de la naturaleza; el que conozca los milagros que hace la Fe, tal vez no encuentre descabelladas aquellas prácticas que, acompañadas de oraciones tan hermosas y sublimes como el himno que hemos copiado, debían ejercer influencia muy saludable.

Un día y otro día, un año y otro año suben hoy a los trenes y hacen largos viajes enfermos de todas clases para pedir la salud en los santuarios donde la Fe obra milagros. ¿Por qué antaño no había de hacer milagros el Sol si la Fe, que es la que cura, era la misma?

III

Religión y Medicina.—La religión en Numancia.—¿Adoratorios o expositorios?

En su lento y penoso ascenso hacia la perfección y buen uso de sus facultades, la humanidad ha recorrido varias etapas o períodos a cual más interesantes. El primero es aquel primitivo e infantil en que su espíritu cohibido por el temor, presa de supersticiones inverosímiles, vió mermadas sus actividades por un cúmulo de prohibiciones extrañas que han recibido el nombre genérico de *tabús*.

Para nosotros, hombres civilizados, la existencia de los tabús es algo que de momento nos sorprende; pero no pueden negarse ni ponerse en duda, porque hoy mismo subsisten en muchas tribus que no han sabido o podido salir del estado de barbarie o salvajismo. Es más; si analizamos friamente la humanidad actual, aun la más civilizada, veremos que hay muchos individuos que inconscientemente obedecen a los tabús. Las Compañías de Ferrocarriles saben muy bien que los días trece circulan menos viajeros por sus líneas; muchos individuos no quieren vivir en casas señaladas con el mismo número trece y hay otros que por nada del mundo se casarán en martes, aunque el párroco diga todos los domingos que todos los días son santos y buenos para los que están en gracia de Dios.

El temor inexplicable e inexplicable a *hacer algo*, que no tiene sanción legal, moral ni religiosa, es lo que caracteriza al tabú. No cortes los árboles; no toques al jefe; no cases con mujer de tu tribu; no trabajes tales días; no comas de determinado animal, son docenas estas prohibiciones por las que se rige la vida de los pueblos salvajes y de las cuales algunas persisten, como hemos visto, en la subconciencia o inconsciencia de los hombres civilizados.

Estas supersticiosas prohibiciones limitaron la acometividad humana, pusieron un freno a los apetitos y deseos del hombre y prepararon su espíritu para la disciplina activa y creadora. Algunos de esos tabús, vr. gr. el respeto al árbol, es una verdadera lástima que hayan desaparecido de la conciencia humana. Otro

sería el aspecto de nuestras sierras y cabezos, muchos de ellos convertidos en tristes roquedas que con su desnudez, pregonan la incultura, la codicia y el desamor de los hombres.

De aquella humanidad regida con leyes o preceptos inconscientes y negativos surgió un día una minoría superior, verdadero manojo de flores en campo de espinas. Esta minoría constituyó el sacerdocio. Contra todo lo que nos han dicho algunos filósofos, puede asegurarse que sin el sacerdocio, la humanidad hubiera quedado sumida durante muchos siglos en la esclavitud del salvajismo. El sacerdote convirtió muchos tabús en leyes y preceptos religiosos, de cuya transgresión accidental podía absolver; por medio de las lustraciones redimió al hombre de muchas ligaduras morales que limitaban su actividad y le convertían en juguete y esclavo de la superstición.

El período religioso que representaba un progreso enorme en la vida de la humanidad vió surgir el período científico, último grado de perfección a que ha llegado el hombre. Separando el error de la verdad, con su razón ha llegado al conocimiento de las causas; ha deducido las leyes naturales y mediante la aplicación de los conocimientos científicos, ha llegado en algunos casos al dominio de la Naturaleza. La batalla ha sido dura, pero el triunfo ha sido brillante. ¿Este estado es el más perfecto que puede alcanzar el hombre? ¿Surgirá otro, con el trascurso de los milenios, en el cual el hombre del porvenir tendrá lástima del sabio actual? Algunos fenómenos misteriosos observados en el hombre ¿son manifestaciones patológicas o son por el contrario partículas que anuncian para el porvenir la presencia de ricos filones? Misterio es ese que sólo el tiempo podrá aclarar.

Claro es que la perfección, lo mismo en el período religioso que en el científico, ha sido siempre patrimonio de una pequeña minoría, la cual ha tenido que sufrir persecuciones y ha tenido que sostener luchas tremendas hasta conseguir que el vulgo se rindiese. El martirologio religioso en los tiempos históricos, el desvío y abandono de los sabios e innovadores, aunque con el tiempo aquéllos hayan tenido altares y éstos estatuas, prueban claramente cuán fuerte es en la humanidad la fuerza conservadora, tan grande en lo social como la herencia en lo orgánico.

En el período religioso, la religión lo fué todo para el hombre y no ya sólo porque la religión era compendio y suma de sus ideas y sentimientos, sino también por el papel eminente que desempeñaba el sacerdote. No era sólo éste, con ser mucho, el ministro del culto; era también el sabio que le aconsejaba; era el depositario de las tradiciones populares; era también el conocedor de los secretos de la naturaleza, de la salud y de la vida.

Admira en verdad la íntima relación que existe entre los dogmas y ritos de las religiones antiguas y aun modernas (que algo tienen de las antiguas) y los procedimientos que el método científico ha puesto en boga para curar los enfermos.

Desde hace algunos años, la observación y la experiencia han demostrado que muchos, si no todos, de los enfermos que padecen tuberculosis locales, se alivian o se curan por la acción de los rayos solares. Muchos años antes, los catedráticos de Patología de la Universidad de Zaragoza, mi augusta madre, decían con elocuencia soberana desde el sitial de sus cátedras: El primer anaplético es el Sol padre de la luz y del calor, fuente de salud y de vida, y esta adquisición científica la vemos practicada como rito religioso en Iberia y en Caldea donde un sacerdote dice: ¡Oh Sol, da al rey nuevas fuerzas vitales, guarda al rey que está a tus pies!

Durante muchos, muchísimos años, el aceite ha sido quizá el principal elemento para curar las heridas. En Asiria, un rey poderoso, tan grande guerrero como celoso administrador, tomaba grandes precauciones para no permitir que el aceite que da la vida al hombre y *cicatriz* las heridas se vendiera demasiado caro. En el terreno religioso no hay que decir el importante papel que ha representado y representa el aceite. Por no citar otros, recordemos que servía para ungir a los reyes y aun hoy, ante el umbral del misterio, el sacerdote unge piadoso, con aceite santificado, las manos y los pies del viajero, impetrando con toda su fe, que la Justicia Suprema ceda el paso a la Misericordia Infinita.

De ayer es el descubrimiento de los microbios como agente casual de las enfermedades. Después de este descubrimiento la aplicación del calor, del fuego, sobre todo en Cirugía, para aseptizar instrumentos y cura es el procedimiento ideal. Hace miles de años los Shumio-Accadios, los aborígenes de la Mesopotamia, entonaban a Gibil (el fuego) un himno que termina con estas palabras: «Fuego, destructor de enemigos, arma terrible que rechaza la peste», y Ciro, el representante de un pueblo ilustre, para el cual la llama sagrada era la representación más genuina del ser supremo, desde que estableció su capital en Susa, se sabe que bebió siempre agua del río Euleus, *hervida* cuando estaba fuera de su palacio. «Adonde quiera que el rey viaje, dice Herodoto, lleva tras de sí cuatro carros tirados por mulas, en que el agua del Euleus, hervida y guardada en botellas de plata, viaja con él de sitio en sitio». Se ha supuesto por algunos equivocadamente que esta costumbre de beber agua hervida era una precaución higiénica; pero está probado que era un rito religioso que consistía en santificar por el fuego sagrado el agua que servía de alimento al

rey y tal vez a otras personas de aquella sociedad profundamente religiosa.

Para conocer a la humanidad del período religioso, para poder conocer sus ideas y sentimientos, tenemos necesariamente que recurrir al estudio de su religión, única cantera que puede proporcionarnos algún material. Por esto, faltos de datos históricos y de conocimientos directos acerca de los conocimientos médicos de los numantinos, hemos de dirigir los ojos a sus probables creencias religiosas para poder formular hipótesis razonables, ya que para el conocimiento de su religión tenemos algunos datos de valor.

Numancia, probablemente ciudad sagrada y profundamente religiosa, es casi seguro que daba culto al Sol. Este culto, muy extendido por la Península Ibérica, sufrió indudablemente las influencias de las colonias extranjeras con las que llegaron también otros cultos y otras religiones. La tenaz resistencia del pueblo numantino a dejarse absorber y dominar por el romano, sobre todo en las últimas etapas de la lucha, cuando otros muchos pueblos de Iberia más acomodaticios habían aceptado el yugo de Roma; aquella resistencia que hizo incompatibles al pueblo rey y a la ciudad celtibera tenía que ser motivada por un sentimiento muy poderoso y por un concepto muy definido de su personalidad que no podían ser más que el religioso y el conjunto de tradiciones, historia e idioma que forman una nación.

En la antigua Mesopotamia ocurrió un suceso que tiene alguna relación con la resistencia numantina y que prueba la importancia y valor del sentimiento religioso. De las tribus caucásicas que fueron invadiendo el inmenso valle del Eufrates ocupado por pueblos de raza turania, unas, poco escrupulosas, admitieron la religión de los naturales sin perjuicio de mejorarla luego, cuando por su mayor talento se convirtieron en directores de la sociedad; pero hubo otras cuyo sentimiento religioso era poderosísimo y prefirieron peregrinar por el desierto antes que transigir con las bárbaras religiones de los amos de la tierra. Abraham rico, Abraham inteligente, cuya capacidad intelectual tal vez reservaba para sus sucesores la soberanía de Hur, se alejó de ella para que los suyos no perdieran con el contacto de los idólatras, el sagrado caudal de sus mayores: la religión monoteísta.

Nada, absolutamente nada cierto sabemos de lo que fué Numancia antes de sus guerras con Roma. De los celtiberos sabemos que adoraban un dios innominado, del cual tal vez fuese representación el Sol, al modo de los persas entre los cuales el Sol, o Mithra, era un intermediario entre los hombres y la divinidad suprema.

Bueno será hacer constar que aunque las razas caucásicas del Asia parecen politeístas, excepto el pueblo de Israel, estudiando cuidadosamente sus religiones se llega a la conclusión de que casi todas adoraban a un ser supremo. Lo que ocurrió fué que estas razas inmigradas, tuvieron que convivir con los turanios o amarillos, los cuales eran politeístas, y aunque supieron crear una civilización en el valle de Eufrates, no pudieron, por su menor talento, elevarse a la concepción de un dios único que ha sido patrimonio de la raza blanca. La convivencia, la mezcla de sangre, la necesidad

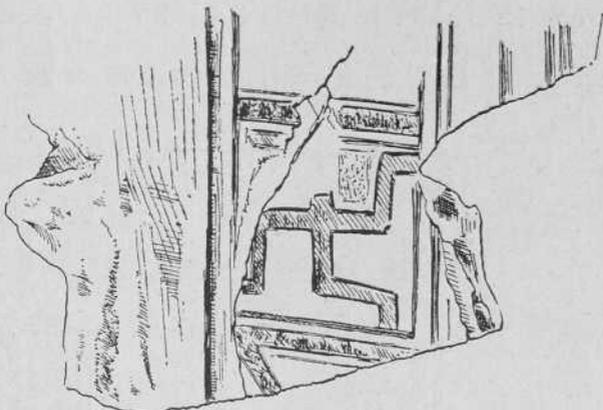


FIG. 10

Swastika en cerámica ibérica muy fina. (Museo Numantino).

de transigir con las creencias de los que eran más y más fuertes, trajeron una mezcolanza de creencias y ritos que hacen aparecer a los blancos como politeístas.

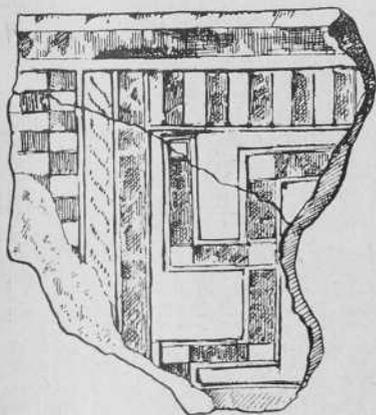


FIG. 11

Swastika elegante de una vasija. (Museo Numantino).

Para los numantinos monoteístas debió ser cosa abominable el convivir con los romanos, cuyo politeísmo, despojado de ropaje literario y artístico con que ha llegado hasta nosotros, era quizá de lo más flojo que en materia de cultos y religiones ha producido la mente humana; y desde luego repugnante para un pueblo monoteísta celoso cumplidor de su religión y orgulloso del progreso que el monoteísmo representaba. Abraham abandonó comodidades por defender el monoteísmo; Numancia probablemente luchó y murió por defender su religión.

Abraham abandonó comodidades por defender el monoteísmo; Numancia probablemente luchó y murió por defender su religión.

Como manifestaciones del culto al Sol se han encontrado en Numancia gran profusión de figuras del astro rey más o menos estilizadas. En la cerámica, en objetos de bronce y hasta en armas, se encuentran grabados numerosos círculos, que, según los arqueólogos, son la representación más sencilla del Sol. Además de estos círculos, en vasijas finas y muy bien trabajadas se encuentra la *swastika* de variadas formas, y además, cruces ordina-

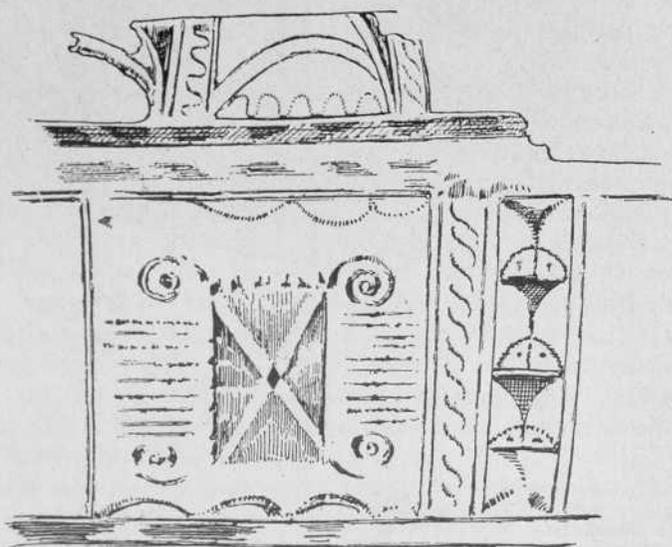


FIG. 12
Cruz espada. (Museo Numantino).

rias con frecuencia tal que parece que la sombra augusta de Jesús paseó hace miles de años por la ciudad celtibera.

Las cruces y la *swastika* se admite que son la representación esquemática del Sol; la hipótesis emitida por un arqueólogo, de que la última pudo ser la figura estilizada de la cigüeña, animal sagrado como *Totem* de muchos pueblos, no ha tenido hasta hoy el asentimiento de los sabios y especialistas en estos estudios.

En la religión numantina, como en todas las religiones, hubo seguramente ritos que tenían por objeto obtener la salud de los enfermos. Si hoy la humanidad consulta al médico y además lleva velas a los santos, lo probable es que en aquella época hiciese lo mismo.

Adorando al Sol en una u otra forma, es casi seguro que los numantinos expondrían sus enfermos a la acción benéfica de

los, para ellos, divinos rayos solares, cuya acción santa había de devolverles la salud, principalmente a aquellos enfermos *lánquidos* de que únicamente habla Estrabón y el himno al Sol oriental: en una palabra, aquellos enfermos cuya curación más dependa de las energías de su naturaleza que de la ciencia del médico y para los cuales el primer analéptico ha sido, es y será siempre el astro rey. Esta hipótesis se ve confirmada en Numancia, en cuyas afueras (lugares o puestos determinados de Estrabón), mirando al mediodía, se encuentran varios *círculos de piedras* cuya presencia ha llamado poderosamente la atención de los ilustres arqueólogos que dirigen las excavaciones.

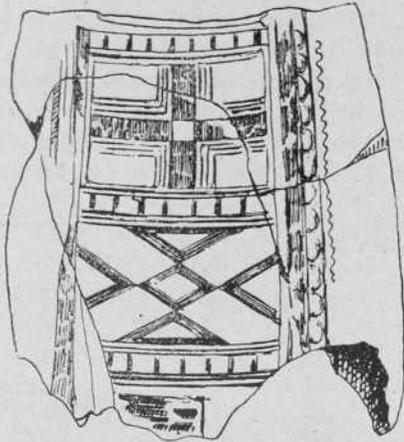


FIG. 13

Cruz de brazos iguales de una hermosa vasija.

Son estos círculos de piedras de figura trapezoidal, circular

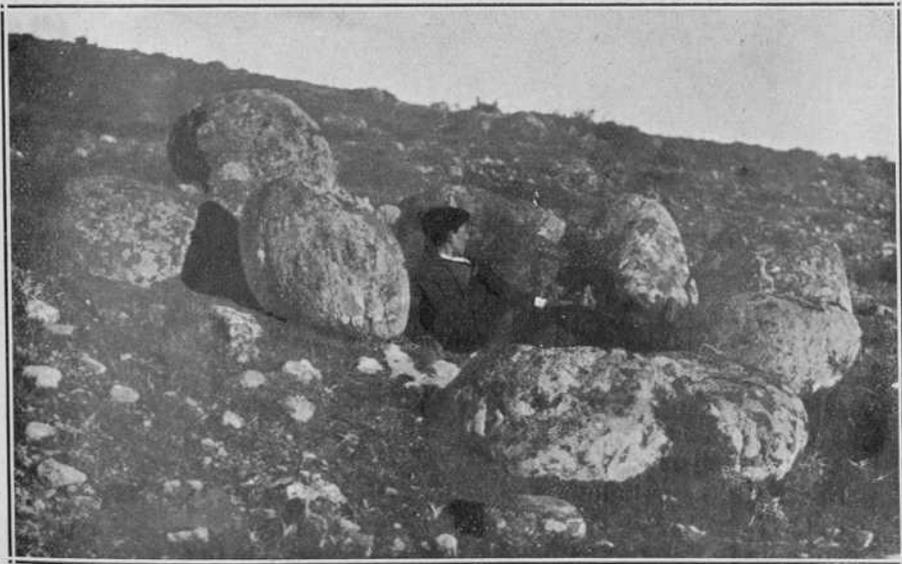


FIG. 14

Fot.^a Casado.

Círculo de piedras, probable expositorio de enfermos.

u oval (1), uno de ellos perfectamente empedrado y conservado. Pueden contarse hasta diez o doce, muchos de ellos deshechos por la acción de los siglos. Su número, su orientación y el estar colocados fuera del recinto de la ciudad, han sido motivo de estudio y preocupación para los arqueólogos y para los inteligentes y aficionados que han visitado el cerro numantino.

Se ha supuesto que pudieran ser éstos los lugares en que los arúspices averiguaban el porvenir mediante sacrificios, práctica en la que eran muy duchos los españoles, según algunos autores.



FIG. 15

Fot.^a Casado.

Círculo de piedras, probable expositivo de enfermos.

Para aceptar esta hipótesis existía y existe el inconveniente del número de recintos, y para obviarlo se ha supuesto que cada barrio de la ciudad poseía uno con sus arúspices correspondientes.

Es muy dudoso (por lo menos nada se sabe positivamente) que en Numancia hubiera arúspices; pero aun aceptando esto, es muy difícil aceptar que los círculos de piedras se empleasen para ese fin. La religión en aquellos tiempos era un lazo de unión, por ser el sentimiento más poderoso que ligaba a las tribus y gentes que no fueran de la misma familia. ¿Es posible que cada barrio

(1) *Círculos de piedras*, es un término técnico de Arqueología, con el cual se designa genéricamente ciertos recintos de piedras; con esta ligera nota queda salvada la anomalía de que los círculos tengan figura trapezoidal u oval.

de la ciudad tuviese un adoratorio propio que aunque fuera para la misma divinidad había de producir disensiones? ¿Con la incertidumbre de los agüeros, no se daría muchas veces el caso de que el arúspice del barrio A dijera blanco, cuando el del barrio B dijese negro?

Creemos firmemente que es más aceptable la hipótesis de que esos círculos de piedras tenían un fin médico-religioso: esto es, que eran los lugares destinados a exponer los enfermos al Sol, para que éste les devolviese la salud. Su número ya no puede llamarnos la atención, pues aunque no se exponían todos los enfermos, como erróneamente se ha afirmado, la ciudad debía tener los suficientes para llenar los expositorios que hoy se ven y algunos más si es que han desaparecido con el trascurso de los siglos.

Al cabo de miles de años los hombres de ciencia recomiendan la instalación de sanatorios para la cura de tumores blancos, etc., etcétera, en sitios elevados y cuya atmósfera sea serena, a fin de aprovechar la acción curativa de los rayos solares. Es curioso que en Numancia, a más de mil metros de altura y con atmósfera despejada, se hayan encontrado esos expositorios, cuya situación y orientación es verdaderamente ideal para obtener el mayor número de curaciones. ¿Intuición? ¿Raciocinio? ¡Quién puede saberlo!



IV

Bolas o esferas de barro.—Hipótesis acerca de su uso probable.—

¿Son amuletos?

Desde el principio de las excavaciones en el cerro numantino, fueron frecuentes los hallazgos de esferas de barro cocido. Estas bolitas no son exclusivas de Numancia; se han encontrado también en distintos sitios de la península, lo cual indica que su uso obedeció a una necesidad o a una creencia común a muchos habitantes de la antigua Iberia.

A falta de un texto o documento que nos explique para qué se usaron esas esferitas, se ha recurrido a las hipótesis, con las cuales se ha procurado llenar aquel vacío. Hay quien supone que pudieron servir como instrumentos de cambio, algo así como el billete de Banco moderno. Aunque no sabremos tal vez nunca con seguridad, según ya hemos dicho, cuál fué el uso de esas bolitas, creemos que esta hipótesis debe ser desechada. En primer lugar, no tienen estas esferas signo, firma, ni señales de ninguna clase que las convierta en documentos personales; en todo caso tendrían que haber sido documentos al portador como la moneda, el billete, etc., etc.

Los antiguos emplearon la moneda, cuyo material de construcción, oro, plata o cobre, tenía un valor intrínseco. Emplearon también las *hachas* que por su trabajo, o tal vez por el material con que se hacían, tenían algún valor; algunos pueblos utilizaron el pagaré, tal vez la letra de cambio, etc., etc.; pero las bolas de Numancia e Iberia no reúnen ninguna de las condiciones de aquellos instrumentos de cambio. Como hemos dicho ya, están hechas de arcilla cocida, eran de fabricación sencilla y, aun las grabadas, estaban al alcance de cualquier modesto alfarero que podía, cuando quisiera, invadir el mercado. Creemos, pues, que lógicamente, esa hipótesis debe ser desechada.

La Comisión científica española emite en su memoria de las excavaciones otra hipótesis que vamos a exponer y comentar: «Sospechamos desde un principio que pudieran servir para algún juego de azar o para echar suertes a fin de consultar un oráculo.

Pero el pasado año de 1910 hubimos de relacionar estas bolas con una especie de tablero de piedra que en una de sus caras ofrece una serie de huecos semicirculares abiertos de intento y que bien pudieran servir para recibir dichas bolas arrojadas hábilmente. Dos grandes cantos de aceras de calles numantinas tienen también dichos huecos que a alguien recordó la llamada escritura de cazoletas y que posiblemente tuvieron el mismo fin que la piedra antedicha» (1).

En las provincias de Huesca, Soria y alguna otra, los niños juegan en el buen tiempo, con una pelota que tirada de lejos y con habilidad, procuran meter en un agujero practicado en la tierra. El número de agujeros u hoyitos es igual al de los niños que juegan; están dispuestos en fila y forman un cuadrado. Cada niño, al tirar la pelota, procura colocarla en su hoyito propio. Aquél en cuyo hoyo cayó la pelota, es quien tira con ella contra el niño más próximo; este derecho corresponde después al que tiene mejores piernas y antes se apodera de ella. Cuando uno de los niños tira la pelota y no da en el blanco se empieza de nuevo, mediante la suerte del hoyo, y por turno riguroso. Es un ejercicio higiénico, muy animado y muy recomendable si se practica con una pelota blanda que no pueda hacer daño. En la provincia de Huesca, en el Pirineo, sin que sepamos la razón, se le llama *el juego de la sangre*.

Aunque este juego tiene cierta semejanza remota con el que se supone pudiera hacerse con las esferitas de arcilla, es muy difícil que pueda aceptarse esa hipótesis que los señores de la Comisión de Excavaciones emitieron probablemente a falta de otra mejor y más verosímil. En efecto; si las esferas de barro hubieran servido para jugar, tirándolas contra una piedra, estarían rozadas y desgastadas, como siempre lo están otras esferitas de arcilla que se emplean para jugar al que en la provincia de Huesca llaman *juego de los pitos*, aunque en éste las esferas no rozan con piedra. Las bolas de Numancia algunas aparecen ligeramente desgastadas; pero el desgaste es uniforme, sin rozaduras violentas, y ese desgaste más parece producido por haberlas llevado mucho tiempo en un bolsillo que por haber rozado contra la piedra. Otras de esas bolas, en cambio, no presentan señal de desgaste alguno y los dibujos han llegado intactos hasta nosotros, aunque es casi seguro que fueron usadas o llevadas en un bolso por menos tiempo que las primeras.

La primera hipótesis (la de que pudieron servir para echar suertes a fin de consultar un oráculo) también es difícil admitirla.

(1) Excavaciones de Numancia, 1912. pág. 38.

Para este fin creo que resultan demasiadas esferitas, ya que como hemos dicho, el número es muy abundante; lo probable es que tuvieran un uso más general que el de servir, en cierto modo, de instrumentos de un culto. Creemos, sin embargo, que este uso no fué del todo vulgar, los dibujos que ostentan algunas de ellas, las colocan entre los objetos que, si no eran propios del culto, tenían un significado marcadamente religioso.

Aunque a primera vista parecen todas iguales, examinadas

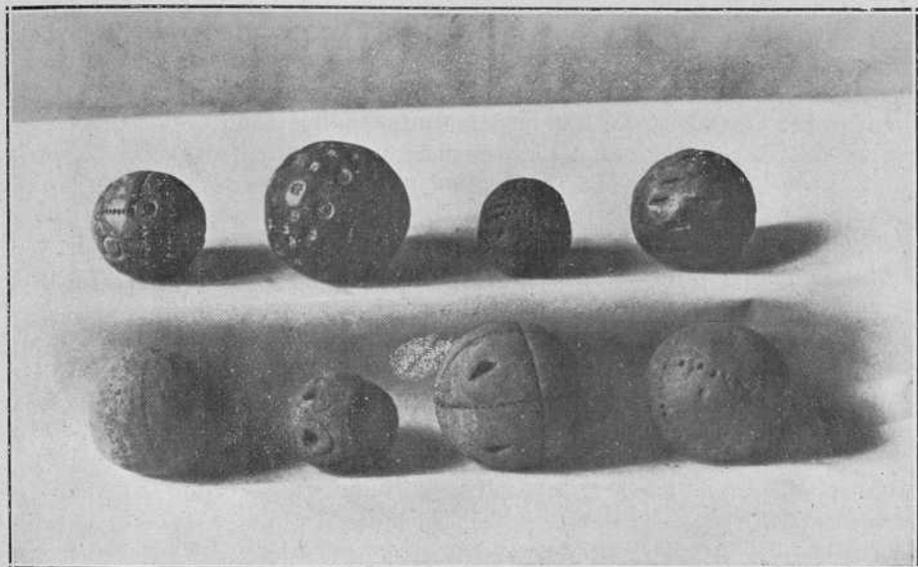


FIG. 16

Fot.^a Casado.

Bolitas de barro de distintos tamaños y diferentes dibujos. (Museo Numantino).

con cuidado se ve que hay entre ellas algunas diferencias. Llamamos primeramente la atención unas de mayor tamaño, huecas, hasta hoy exclusivas de Numancia, en cuyo interior, como en un cascabel, suena un cuerpo suelto, tal vez un trocito de arcilla. Están admirablemente trabajadas y en su exterior llevan grabadas rayas como los meridianos de una esfera.

Otras, las más numerosas, son macizas y difieren entre sí por su tamaño y principalmente por sus dibujos. Muchas llevan rayas llenas o de puntos que se cruzan entre sí quedando la superficie dividida en cuatro partes o cachos; algunas ostentan en toda su superficie los círculos representativos del sol; otras llevan unas muescas que tal vez representen la luna en su cuarto creciente o

menguante, y una presenta multitud de cruces pequeñas incluidas dentro de un círculo del tamaño y forma de los que representan al sol.

Hay una, un poco rara, que no es de arcilla; es de piedra blanda, y tiene grabada una circunferencia un poco mayor que la de las otras y dentro de ella una cruz de brazos iguales. En el resto de la esfera hay rayas a modo de meridianos.

Ante estas bolitas misteriosas, tanto más misteriosas cuanto más se las examina, todo el mundo se pregunta: ¿para qué las usarían los numantinos?

Al hablar de los tabús indicamos cuán grande y tenaz es la fuerza conservadora por la que a pesar de los cambios, sobreviven en la humanidad las creencias, los prejuicios y las supersticiones. Citaremos un ejemplo. Muchas personas, sobre todo de las provincias del Sur de España, sienten una repugnancia especial al oír nombrar la culebra. Hasta algunas personas que se tienen y son tenidas por cultas y otras que se consideran a sí mismas espíritus fuertes, salen pronunciando disparadas el ¡lagarto, lagarto!, y muchas, no contentas con eso, pondrán ante vuestras narices la mano derecha con los dedos índice y meñique extendidos en cuanto oigan pronunciar el nombre del inofensivo reptil. Si preguntamos a todas esas gentes la razón de su repugnancia, unos dirán que no la saben y otros darán explicaciones a cual más disparatadas. La razón es, sin embargo, sencilla; esa repugnancia es la supervivencia de una creencia antiquísima que todavía subsiste consciente en muchas tribus salvajes y que fué familiar a las antiquísimas razas blancas, sobre todo las llamadas semitas. La creencia era que el flujo menstrual de la mujer era producido por la mordedura de las culebras, las cuales se introducían entre los vestidos de la mujer, cuando estaba durmiendo. Esta creencia primero consciente, como lo es hoy entre los salvajes, subsistió a través de los siglos y generaciones, sin que los hombres hayan podido luego recordar el origen ni hoy puedan muchos explicar la repugnancia que sienten, residuo inconsciente de aquellas creencias primitivas.

Desde la destrucción de Numancia hasta hoy han transcurrido algunos siglos; mas para los efectos de la continuidad de las creencias, la fecha es casi reciente. Si hoy subsisten en el pueblo español creencias que puedan tener relación con las bolas misteriosas de Numancia, podremos sin grande esfuerzo considerar las creencias actuales como continuación de las antiguas y deducir el uso que tuvieron en Numancia y en gran parte de Iberia las esferitas de barro.

Conocida es de los médicos y de las personas que se dedican a

estos estudios, la fe que muchos individuos de Castilla, Aragón y gran parte de España tienen en algunos amuletos para conservar la salud o para curar algunas enfermedades. No es esa la fe ciega del carbonero; es una creencia especial que no excluye el consultar a un médico y hasta seguir sus prescripciones; pero si el enfermo se cura, creo (Dios me perdone si formo juicios temerarios) que más se atribuye la curación al amuleto que a la acción de las medicinas.

La mayor parte de los amuletos usados en el país que yo he podido proporcionarme, recuerdan algo a las bolas de Numancia. Muchos tienen forma más o menos esférica; algunos presentan dibujos que recuerdan otros de las bolas de barro y alguno tiene grabada la figura del sol como nos lo presentan los caricaturistas. Salvo alguna excepción, todos estos amuletos tienen cierto matiz mitad religioso, mitad supersticioso, de esos que no prohíbe la Iglesia por no ser peligrosos para la fe; pero que tampoco ampara nunca con su autoridad.

Son célebres y muy estimadas las piedras de Santa Elena, esféricas o casi esféricas (las más apreciadas son las completamente esféricas), desgastadas por la corriente del río y bañadas en agua de la *gloriosa*, una fuente intermitente que brotaba en las proximidades del templo en los Pirineos. Al decir de las gentes son muy eficaces para prevenir las enfermedades de los pechos, después del parto.

Las piedras de la Virgen de Hinodejo (*Clypeus Ploti*) son unos fósiles del período terciario que abundan en la montaña donde está el templo y se cree que curan el dolor de cabeza. Las nueces de *tres carreras* son muy apreciadas para preservarse del dolor de muelas.

El fósil de la figura núm. 17 (n.º 6) procede de las proximidades de una ermita de la provincia de Zaragoza, al decir de la familia que le posee. No responde de la exactitud de sus afirmaciones porque su antigüedad es remotísima y se ha transmitido de generación en generación, como una alhaja de familia.

El amuleto de la figura núm. 18 me ha sido facilitado por una familia amiga de un pueblo de las proximidades de Numancia, y es muy grande la fe que han tenido en él como curativo de las enfermedades de la vista. Fué en tiempos remotos una esfera que debió partirse y está perforada. Lo notable en él es que el instrumento que sirvió para perforarlo debió ser igual que el que se empleaba para hacer otros agujeros que se hallan en objetos del Museo Numantino. Su antigüedad remotísima es posible que alcance a los tiempos de Numancia. Está hecho con una piedra blanda, traslúcida y lleva una partícula de metal que naturalmente está

incrustedo en la piedra. El amuleto debió tallarse formando esfera, pero después debió romperse un trozo; hoy, a pesar de ir envuelto en trapos de hilo y metido en una bolsita, la piedra aparece desgastada por el roce y queda saliente en más de un milímetro la partícula de metal que por ser más dure, se desgasta menos.

A simple vista, esta piedra parece un trozo de ambar o de cuarzo fino; sin embargo, no es de una ni de otra substancia a juzgar por otros caracteres físicos, únicos que hemos podido estudiar,

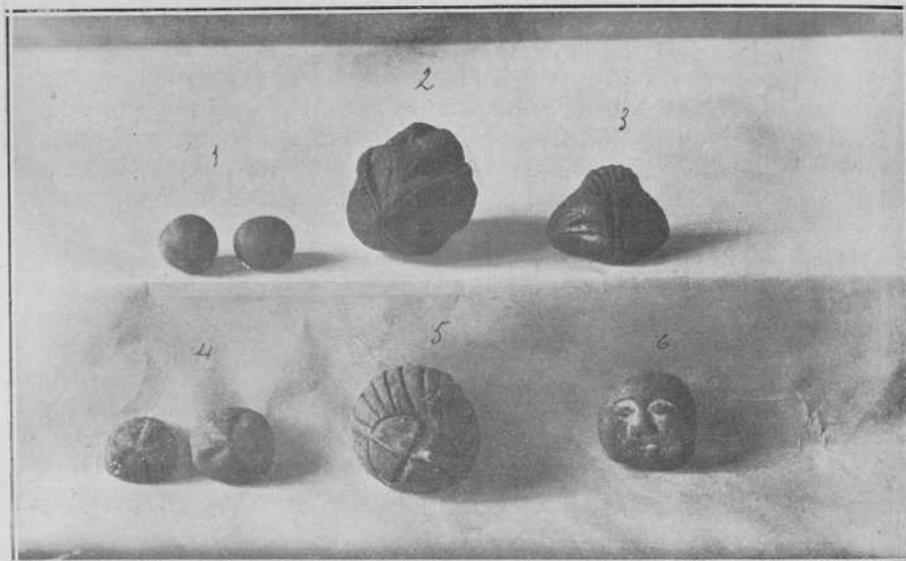


FIG. 17

Fot.^a Casado.

Amuletos: 1. Piedras de Santa Elena.—2. Nuez de tres carreras.—3. Fósil antiquísimo.—4. Piedras de Hinodejo. 5. Bola del Museo Numantino, de piedra, con la cruz grabada.—6. Piedra de Hinodejo en cuyo reverso se ha grabado unacara.

pues la grandísima estima en que tiene a dicho amuleto la familia poseedora (aunque tal vez dude algo de su eficacia, dada su ilustración) y el no estar autorizado más que para obtener un dibujo, me impidieron tomar una partícula para hacer un análisis químico; y a fe, que lo sentí, porque de esa piedra no se ha visto ejemplar alguno en el país y hubiera sido interesante procurar conocer de dónde pudo provenir ese ejemplar, notable por su antigüedad remotísima, por su labrado y hasta por su constitución.

Si comparamos dibujos y forma de estos amuletos, veremos que hay alguna semejanza entre ellos y las bolas de Numancia. Si estudiamos lo que pudiéramos llamar su parte espiritual, la

relación es todavía mayor. Casi todos tienen algo de religioso; pero es una religiosidad extraña y *pegadiza*, que no encaja bien en la que hoy profesan casi todos los españoles. Esa figura del sol, de uno de los amuletos, se aviene mal con nuestras creencias actuales; parece más bien residuo de religiones desaparecidas. Para nosotros, las bolas de Numancia, con sus cruces y con sus círculos, eran algo religioso o que se relacionaba con la religión, y dada su

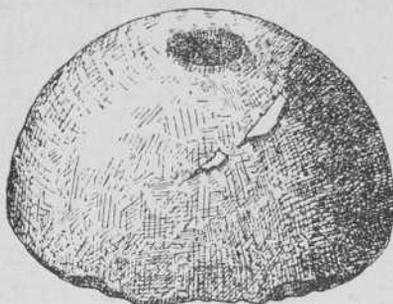


FIG. 18

Amuleto contra las enfermedades de la vista

semejanza con los amuletos actuales debieron ser también amuletos para preservarse de las enfermedades o curarlas.

Su número verdaderamente grande tendría una explicación satisfactoria, porque debían ser muchos los individuos o las familias que las usasen y los diferentes grabados pudieron obedecer a que eran destinados para prevenir o curar enfermedades distintas. La circunstancia de que dichas esferas no sean exclusivas de Numancia, se compagina muy bien con la difusión que hoy tienen todos estos amuletos.

V

Otros textos de Estrabón.—Profilaxis de la peste.—Creencias de otros pueblos.—Tóxicos o venenos.

Del estudio sucinto y ligero que en las anteriores páginas hemos pretendido hacer de la antigua Medicina ibérica, se desprende claramente la conclusión de que las ideas, los sentimientos y las prácticas religiosas estaban íntimamente relacionados con los conocimientos y prácticas médicas. Erróneamente juzgaría el que dedujese que los antiguos iberos sólo poseían esos conocimientos médicos. Ya el lector se habrá dado cuenta de que aquella división que establecimos de la evolución de la humanidad en tres períodos, era puramente esquemática. Es de suponer que en pleno período de los tabús hubiera hombres religiosos, y es muy probable que en pleno período religioso habría sabios, aunque aquéllos y éstos no ejercieran en la vida de sus contemporáneos la influencia merecida. Si no lo confirmase la Historia, podríamos atenernos al conocido aforismo del *Natura non facit saltum*, que tal vez tenga en este terreno mejor aplicación que en otros.

En pleno período religioso, cuando el tiempo y la evolución natural iban modificando y hasta borrando de las conciencias la religión primitiva y los motivos de aquellos ritos que tenían por objeto conservar la salud o combatir la enfermedad, es muy probable que éstos pasaran a la categoría de prácticas médicas empíricas porque una experiencia dilatada había mostrado su eficacia y las condiciones en que podían obtenerse mejores resultados.

Hay otras razones para sospechar que los antiguos españoles tenían también otros conocimientos médicos distintos de los rituales indicados. Al decir de muchos historiadores antiguos, los colonizadores que de Oriente llegaron a las costas occidentales del Mediterráneo, sólo debieron encontrar tribus salvajes ayunas de toda ilustración; pero éste es un error crasísimo contra el cual debe levantarse todo el que tenga mediano buen sentido. La raza que poblaba Europa era blanca, caucásica, y ésta ha demostrado siempre una capacidad intelectual superior a la de las otras razas. Así se ha visto que cuando en el período histórico los blancos se



han introducido en regiones ocupadas por otras razas, si han conservado su sangre y no han sido absorbidos, han llegado a imponerse y a dominar a las razas indígenas. Tal sucedió con los llamados semitas en Babilonia y Ninive, con los arios en la India y con los españoles en América.

¿Cabe suponer, en buena lógica, que los blancos de España, teniendo talento natural, no discurrían? Este pueblo español tan agudo, alguno de cuyos individuos, ayuno completamente de instrucción, nos sorprende hoy en las aldeas con su buen juicio, por necesidad debía tener conocimientos exactos acerca de las enfermedades y remedios para prevenirlas y curarlas.

Pero este pueblo español tenía además, como todos los pueblos, una aristocracia intelectual representada por sus jefes y por el sacerdocio, y es natural que jefes y sacerdotes dedicados al ejercicio de las nobles lides del entendimiento, conocieran muchas disciplinas de las que no hace mención la Historia o las indica tan ligeramente que apenas han llamado la atención.

Hay un pasaje en la Geografía de Estrabón muy interesante que comprueba las anteriores presunciones. Hasta hace pocos años era difícil comprenderlo y por eso sin duda no ha sido comentado tanto como el famoso de la exposición de los enfermos en los caminos. Nosotros no conocemos ningún comentario del texto que luego vamos a copiar.

Los trabajos modernos de bacteriología y epidemiología han demostrado de un modo palpable la funesta influencia que en la salud pública pueden ejercer algunos animales como vectores de gérmenes causantes de enfermedades contagiosas. La pulga, la rata y los roedores en general, pueden ser enemigos mortales como importadores de una enfermedad terrible: la peste bubónica.

De estos conocimientos se deriva la recomendación de ponerse en guardia y de destruir, a ser posible, las ratas y ratones; siguiendo este precepto científico, se han inventado métodos para conseguir la *desratización*, barbarismo mal sonante con el que se designa la destrucción de estos roedores y que, dicho sea de paso, debería desaparecer del idioma médico español y ser sustituido por el de *muricidio*, *vr. gr.*, mucho más eufónico y tan expresivo o más que aquél.

Estos conocimientos, modernamente adquiridos, los poseían ya los antiguos españoles. Sabían éstos que los roedores en abundancia eran peligrosos y tal vez más peligrosos cuando emigraban en gran cantidad. Al describir las costumbres de los españoles, dice Estrabón: «No les es peculiar la abundancia de ratones a la que ha seguido muchas veces una epidemia pestifera. En la Cantabria ocurrió esto a los romanos, los cuales llevaron, mediante salario,

a quienes cazasen ratones en gran número y de este modo desapareció la enfermedad con dificultad y lentamente; porque había escasez de sal y de trigo, pues por las dificultades de las distancias los traían con dificultad de la Aquitania.»

La rareza del texto y el deseo de conocer si la traducción del griego al latín estaba bien hecha, me decidieron a consultar, como ya dije en otro lugar, al distinguido helenista D. Mateo Rioja. Cuando leí la traducción literal y directa que hizo del griego mi buen amigo, tuve la satisfacción de ver que la que yo había hecho del latín no variaba en su esencia. Las diferencias, si alguna hay, son de muy poca monta y obedecen al natural deseo de Casaubón, de hacer una traducción elegante.

La traducción de *murium multitudo*, aunque está bien hecha diciendo ratones, tal vez fuera más exacta, para los efectos médicos, diciendo ratas y ratones; la palabra roedores es demasiado extensiva y sería abusivo su empleo.

El estudio de ese texto pone fuera de duda lo siguiente:

1.º Los españoles procuraban librarse de la abundancia de ratones y ratas y se ponían en guardia cuando aumentaba su número ordinario, tal vez por la emigración de estos animales.

2.º Sabían los españoles que a esta abundancia de ratas y ratones seguía muchas veces una epidemia, una *lues pestífera*, peste de bubas y úlceras hoy llamada peste bubónica.

Claro es que los antiguos iberos no conocieron los microbios ni llegaron a ver el de la peste; pero supieron ver la relación de causa a efecto entre la abundancia de ratones y las epidemias de peste y pusieron en práctica el procedimiento más racional para prevenir la enfermedad mediante la destrucción de los animales vectores del germen.

Los romanos, es decir, el ejército romano padeció a juzgar por lo que dice Estrabón, una epidemia de peste en la Cantabria, y desesperados porque sus remedios resultarían ineficaces, debieron aceptar los buenos consejos de los *bárbaros* y transigieron con ellos como se transige con esos remedios caseros que si no hacen bien, no pueden causar daño. A este fin contrataron, mediante estipendio o soldada a individuos que exterminaran los ratones, viendo desaparecer la enfermedad aunque con dificultad y lentitud.

Aunque los romanos transigieron con los consejos de los iberos y procedieron a practicar el *muricidio*, no debieron creer que esta medida fuese eficaz y que a ella se debiese la disminución de la enfermedad. Para ellos, como se dice en el pasaje de Estrabón, la causa de la epidemia era la escasez de sal y de trigo que no podía llegar de Aquitania. Si a mayor abundamiento coincidió la dismi-

nución de la epidemia con la llegada de grandes convoyes de víveres se fortalecerían más en su opinión. Hay que reconocer que también en eso tenían los romanos algo de razón, pues el hambre y el miedo se hermanan muy bien con los microbios para producir las epidemias.

No es de extrañar este desvío de los romanos por la práctica española de destruir ratas y ratones para prevenir la peste. Su orgullo de vencedores y la creencia en su superioridad, no les dejaría ver con buenos ojos la lección que les daban los pobres vencidos y no es extraño por tanto que olvidasen el consejo.

El pueblo romano no creyó nunca en esta relación de causa a efecto entre las ratas y la peste; en su literatura se encuentran algunas indicaciones de que otros pueblos conocieron el azote de los ratones; pero Plinio y otros autores refieren estos hechos vagamente, como una curiosidad, y atribuyendo el azote a la voracidad de los animales. Rutilio Rufo, dice en dos versos:

*Dicuntur cives quondam migrare coacti
Muribus infectos deseruisse lares.*

(Se dice que los ciudadanos, obligados a emigrar en cierta época, abandonaron sus hogares infectados por los ratones).

Una coincidencia extraña contribuyó también para que este conocimiento de los iberos no fuese aceptado por los romanos o para que fuese olvidado; esta coincidencia fué la probable disminución de ratas y ratones en las naciones mediterráneas por aquella época, debida a la extensión y propagación de los gatos. Este animal, el enemigo más terrible de los pequeños roedores, era originario de Egipto donde se le consideraba animal sagrado y donde estaba rigurosamente prohibida su exportación, hasta el punto de que se cuenta que en las épocas de florecimiento de los egipcios se organizaron expediciones marítimas y terrestres para recuperar los gatos que hubieran salido fraudulentamente del valle del Nilo.

El Cristianismo, echando por tierra cultos y religiones antiguas, hizo perder a los egipcios el respeto y la estima que tenían por los gatos y este animal pudo ya salir del Egipto y extenderse rápidamente por las costas del Mediterráneo. Las emigraciones de las ratas debieron verse muy dificultadas con los ataques de este utilísimo y hermoso animal y es muy posible por tanto que disminuyeran las probabilidades de padecer la peste.

También los pueblos orientales tuvieron noticias, aunque vagas, de esta relación entre los ratones y la peste. Refiere la Biblia, en el libro primero de los reyes, que en tiempos del Sumo Sacer-

dote Helí, los filisteos movieron guerra contra Israel y que, dada la batalla, los hebreos fueron completamente derrotados, muriendo los dos hijos del Sumo Sacerdote y cayendo prisionera el Arca de la Alianza. Helí que oyó impasible la noticia de la derrota y de la muerte de sus hijos, cayó desplomado y *quebradas las cervi-ces* murió al oír que el Arca del Señor había ido a parar a manos de los enemigos incircuncisos.

Los filisteos, siguiendo una costumbre de los orientales, metieron el Arca en el templo de Dagón en Azoto «y la mano del Señor se apesgó sobre los azocios y los destruyó: e hirió a Azoto y sus confines en la parte más secreta de las nalgas. E hirvieron las aldeas y los campos en medio de aquel *país de ratones, que aparecieron* y la ciudad fué consternada por la grande mortandad» (1).

Los filisteos, creyendo que les hería el Dios de Israel, devolvieron a los hebreos el Arca Santa y como pago por lo que le debían y por su pecado, enviaron en una cajita cinco figuras de oro, de oro, y cinco ratones, también de oro, uno por cada ciudad de los filisteos. Para los hebreos y para los filisteos, este episodio fué completamente religioso y sin valor médico alguno. Más tarde, con ocasión de otra peste que fué para Israel muy beneficiosa, la Biblia al referir el suceso, no hace mención alguna de los ratones, y por su texto se ve que los hebreos habían perdido hasta el recuerdo de los ratones que les enviaron los filisteos. Había mandado Senacherib un fuerte destacamento contra Jerusalem y los asirios atacados por la peste, tuvieron que abandonar el sitio con gran satisfacción de los hebreos. La Biblia refiere este suceso con las siguientes palabras: «Y envió el Señor un ángel que mató todo hombre fuerte y valeroso, y al general del ejército del rey de los Asiros y se volvió con ignominia a su tierra» (2).

Los egipcios también tuvieron alguna idea acerca de la influencia de los ratones en la producción de la peste; pero no pasó de ser una noción confusa y mezclada con sus creencias religiosas. Habían tal vez notado la coincidencia de la multitud de ratones y la aparición de la peste; pero no habían establecido la relación de causa a efecto como los iberos, ni habían tomado las medidas profilácticas consiguientes, a no ser que consideremos como tales a la veneración que sentían hacia los gatos.

El rey Senacherib tuvo que suspender la campaña contra Egipto y, como hemos dicho, retirar el destacamento que amenazaba a Jerusalem por motivos bien ajenos a su voluntad. Se de-

(1) Lib. I de los Reyes. Cap. V, v. 6.

(2) Paralipómenos II, cap. XXXII, v. 21.

claró una terrible peste en su ejército y tuvo que retirarse a Nínive. Ya hemos visto cómo la Biblia refiere el suceso; Herodoto recogió en Egipto, doscientos cincuenta años después, una tradición, según la cual, Senacherib, rey de los asirios y árabes, había avanzado para invadir el país del Nilo; pero el piadoso rey egipcio imploró el favor de los dioses, y aquella misma noche, *un ejército de ratones fué enviado al campamento enemigo y destruyó los carcajes de cordobán, las cuerdas de los arcos y los escudos de cuero. Los enemigos, así desarmados, pudieron ser fácilmente derrotados y muertos.*

Como puede verse por los textos anteriores, los pueblos orientales tuvieron ideas muy vagas acerca de esta influencia de los ratones; en cambio en los iberos este conocimiento, a juzgar por el texto de Estrabón, estuvo completamente desligado de toda idea y sentimiento religioso; era hijo de la observación y de la experiencia, era, en una palabra, un conocimiento médico y debió estar muy extendido e íntimamente adherido a la conciencia de todo el mundo a juzgar por su persistencia a través de los siglos.

Cuando en una reunión, cuando en un acto donde concurren mujeres de una gran parte de España, aparece un ratón intencionada o casualmente, los chillidos y las carreras son generales. En las mismas casas, cuando los ratoncillos salen del agujero para buscar su comida, hay mujeres que en vez de perseguir a este enemigo de su despensa, se limitan a espantarle y se dan por muy satisfechas cuando el ratón huye y deja libre la habitación.

¿Son en países extranjeros las mujeres temerosas de los ratones? No lo sé; porque nada he leído acerca de este extremo y hace ya unos años que no he residido fuera de España; pero el miedo de muchísimas mujeres españolas y aun de algunos hombres no puede dudarse. Cataclismo, el personaje del famoso sainete, está copiado de la realidad.

Hay mujeres que temen más al ratón que a la rata, siendo ésta más grande, más valiente y de la cual se cuentan historias macabras. Cuando una rata invade la cocina, algunas mujeres que tiemblan ante un ratón, empuñan valientes la escoba para dar muerte a la invasora, y también es notable que casi ninguna mujer se impresiona ante otros animales más repugnantes como lagartijas, etcétera, etcétera.

Aficionado yo a estos estudios, he procurado inquirir el motivo o razón de este miedo, preguntando discretamente a varias mujeres temerosas de los ratones, entre las cuales había señoras dotadas de envidiable talento. Muchas no han sabido darme razón al-

guna; otras, dando prueba de gran discreción, han inventado explicaciones que a decir verdad, no son explicaciones. Oyendo a unas y a otras se saca la conclusión de que ese es un terror inconsciente; no saben las mujeres porque temen; es, en una palabra, un temor transmitido por herencia cuyo origen se pierde en los siglos pasados y que tuvo bastante fuerza para impresionar los cerebros de las generaciones pasadas y ser transmitido a las actuales.

El motivo de ese miedo fué bien conocido en sus principios; fué el temor de padecer la peste bubónica, hijo del conocimiento que tenían los antiguos españoles de que *a la abundancia de ratones, habia seguido muchas veces una epidemia pestifera*. Creencia y temor son éstos muy respetables y hasta laudables; los progresos de la Ciencia médica han venido a demostrar cuán en lo cierto estaban los antiguos españoles. Bien dijo el Eclesiastes: *Nihil novum sub sole*.

* * *

La costumbre que algunos autores antiguos calificaron de regia, la del suicidio, también existió en la antigua Iberia. «Pero también era costumbre de proponer un tóxico ibérico, de una hierba semejante al apio que mataba sin dolor; hasta lo tenían para un momento dado a falta de remedio conveniente; y también se sacrificaban unos por otros si eran determinados, ofreciendo su vida como medicina o remedio de ellos mismos.»

El pasaje es algo enrevesado; pero para nosotros hay dos afirmaciones claras y terminantes. Una es que había un veneno llamado ibérico, hecho con una hierba semejante al apio; otra que este veneno mataba sin dolor. El deseo de conocer cual pudiera ser la hierba con la que se preparaba el famoso tóxico ibérico, ha motivado trabajos prolijos e hipótesis variadas. Los botánicos y los farmacéuticos se han quedado perplejos ante la afirmación del geógrafo, según el cual los iberos confeccionaban su célebre tóxico con una sola hierba. Mucho más sencillo y más probable es el creer que lo confeccionaran con varias; pero sea lo que fuere, es razonable pensar que si los antiguos iberos conocían las hierbas para hacer un veneno famoso, también las conocerían y emplearían para hacer medicinas con que curar los enfermos.

Desgraciadamente, como ya hemos dicho otras veces, el caudal de conocimientos de los antiguos españoles se perdió con el naufragio de su independencia; pero si consideramos

que los antiguos iberos inventaron la manteca de leche, que preparaban la cerveza y sabían obtener de sus vides vinos deliciosos, es muy natural que pensemos que conocían bien las virtudes de las plantas medicinales que hoy figuran en las Farmacopeas.

Cuando España fué subyugada o estaba en camino de serlo, vieron algunos escritores romanos y griegos que tenía algo digno de mención y aun de aplauso; pero habían transcurrido ya muchos años; la vida se había modificado por completo y rotas las tradiciones, era difícil saber lo que había sido antes el pueblo ibero. ¿Lo sabremos algún día? ¿Algún afortunado explorador encontrará bajo las ruinas de una ciudad, parte del tesoro perdido? Mis votos son para que así sea y lo más pronto posible.

VI

La cirugía en Numancia.—Instrumentos (P) de piedra, de hueso y de bronce.

Numancia sostuvo guerras porfiadas con los romanos. Catorce años, según unos autores, veinte según otros, se defendió con tenaz empeño contra el inmenso poder de Roma que, destruida Cartago, podía concentrar todas sus fuerzas contra la ciudad celtíbera. El deseo de destruir a Numancia debió ser una obsesión para el Senado Romano. El orgullo de Roma no podía consentir que un pueblo pobre y pequeño infligiera a sus legiones y generales derrotas vergonzosas, y para vengarlas, usó de todos los medios, lícitos e ilícitos. No hubo en las guerras numantinas un asesinato vil como el de Viriato, baldón eterno de Roma; pero se cometió la villanía de firmar una paz para conservar un ejército y, salvada la situación deplorable, los romanos faltaron a lo tratado y aquel mismo ejército volvió más adelante a combatir a la desdichada y noble ciudad.

Durante aquellos largos y mortales años en que se repetían las escaramuzas y las batallas, los heridos tuvieron que ser numerosos y su curación debió ser asunto capitalísimo para los jefes numantinos, aunque no fuera más que por el deseo egoísta de conservar el mayor número de soldados para defender la ciudad.

Lo probable es que en Numancia hubiese una Cirugía adelantada. Las guerras y con ellas la abundancia de heridos, han sido siempre ocasión para los progresos de la Cirugía. Por otra parte, la ciudad celtíbera no vivía aislada del resto de Iberia. Contra lo que pudiera suponerse, no eran los distintos pueblos de España, en aquella remota época, cotos cerrados a donde no llegaban las influencias del vecino. El estudio de los distintos Museos prueba claramente que entre pueblo y pueblo, entre región y región existían relaciones comerciales y culturales y el Museo Numantino no es una excepción.

Acometidos con frecuencia por los romanos, cuyo odio debían conocer muy bien, una de las preocupaciones mayores de los jefes numantinos debió ser el conocimiento y estudio de los progresos

en el arte de curar heridos, y es de suponer que todo lo que se hacía en el resto de Iberia y lo que practicaban los romanos mismos, sería aprovechado por los cirujanos numantinos. Nada extraño es, pues, que en las excavaciones practicadas en el cerro de Numancia, se hayan encontrado instrumentos que aunque difieren de los que hoy usamos, puede suponerse, con muchas probabilidades de acierto, que fueron instrumentos quirúrgicos.

Entre esos instrumentos los hay de bronce, de hueso y de pie-

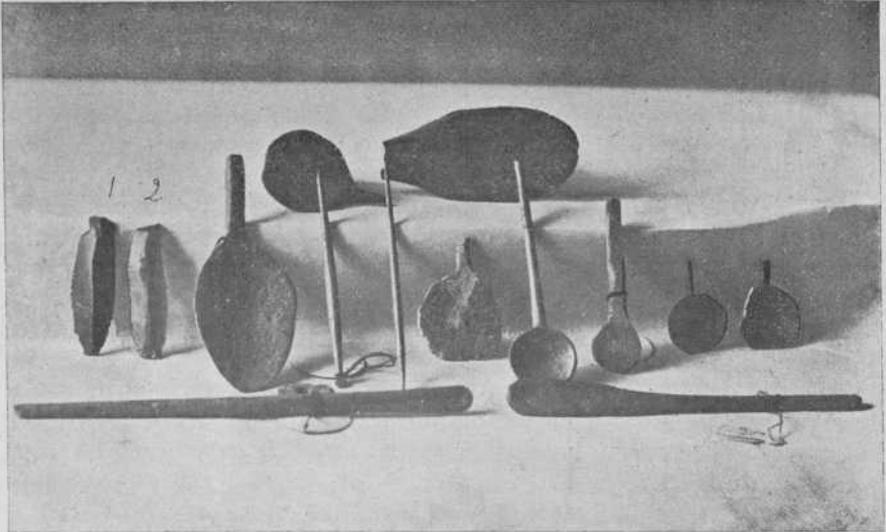


FIG. 19

Fot.^a Casado.

Instrumentos de piedra y hueso—(1-2 bisturis de piedra?). (Museo Numantino)

dra. Describiremos brevemente unos y otros por orden inverso al en que los hemos enunciado.

En una vitrina del Museo Numantino hay varios cartones en los que hay cosidos varios instrumentos de piedra (hachas, cuchillos, flechas, etc.) catalogados con el genérico nombre de instrumentos de la época neolítica. Si se estudian con atención dichos útiles de piedras se ve que hay algunos cuya forma y aspecto permiten afirmar que pertenecen a una época remotísima, anterior a la de los metales o del principio de la época del cobre cuando este metal, por su carestía y dificultades de adquisición, era un artículo que se escatimaba y sólo se empleaba en la fabricación de objetos muy especiales, como algunas armas y joyas.

Pero entre esos útiles de piedra hay otros, en cambio, que indican claramente que son de época muy moderna, tal son una hermosísima hacha pequeña, admirablemente pulimentada y varios instrumentos de sílex de borde cortante que, a juicio mío, fueron instrumentos de cirugía, primitivos bisturis.

Es muy fácil demostrar que esos cuchillitos son de época mucho más reciente que las flechas y otros objetos que están mezclados con ellos. Los verdaderos útiles de la Edad de Piedra, esto es,

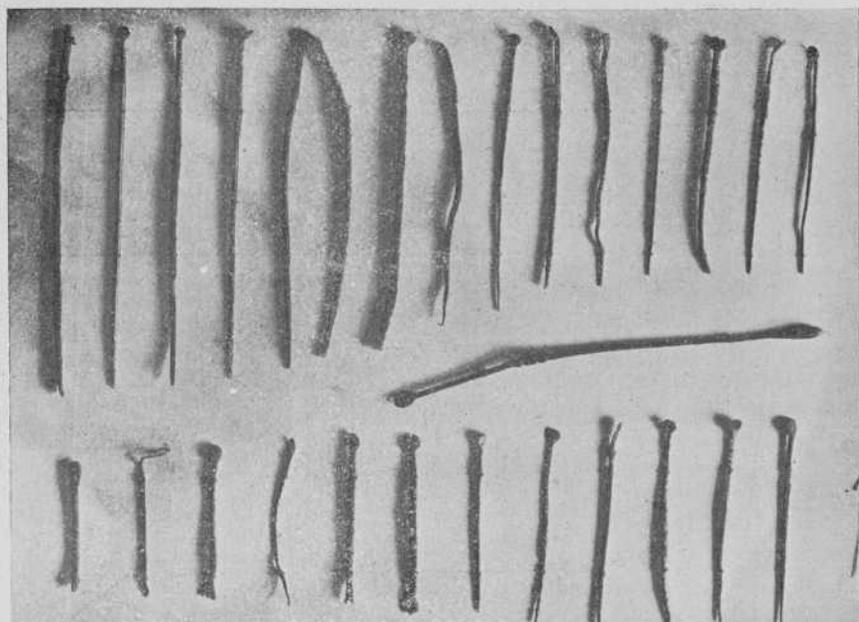


FIG. 20.

Fot.^a Casado.

Instrumentos de bronce. (Museo Numantino).

los que son anteriores o contemporáneos a los primeros tiempos de la edad de cobre, se distinguen principalmente de los modernos por un *moho* especial que la acción de los siglos ha ido depositando en los poros y rugosidades de la piedra; son unas manchitas que no desaparecen fácilmente por el frotamiento y que no han podido simularse por los que se dedican a la lucrativa industria de falsificar hachas y cuchillos más o menos paleolíticos.

Por no tener presentes estas diferencias han comprado a buen precio hachas y cuchillos de piedra falsificados, muchas personas poco cultas o poco avisadas, y entre ellas recordamos a un arqueó-

logo de muchas campanillas a quien un constructor de trillos, un palurdo inocente al parecer, vendió una colección de hachas que había falsificado en su taller.

Los cuchillos modernos encontrados en Numancia, si no tuviéramos la seguridad de que son auténticos, por haberlos encontrado entre sus ruinas, *en terreno ibérico*, habría que desecharlos como apócrifos, pues lo son si se les considera como instrumentos de la edad de piedra. Son relativamente muy modernos, de la

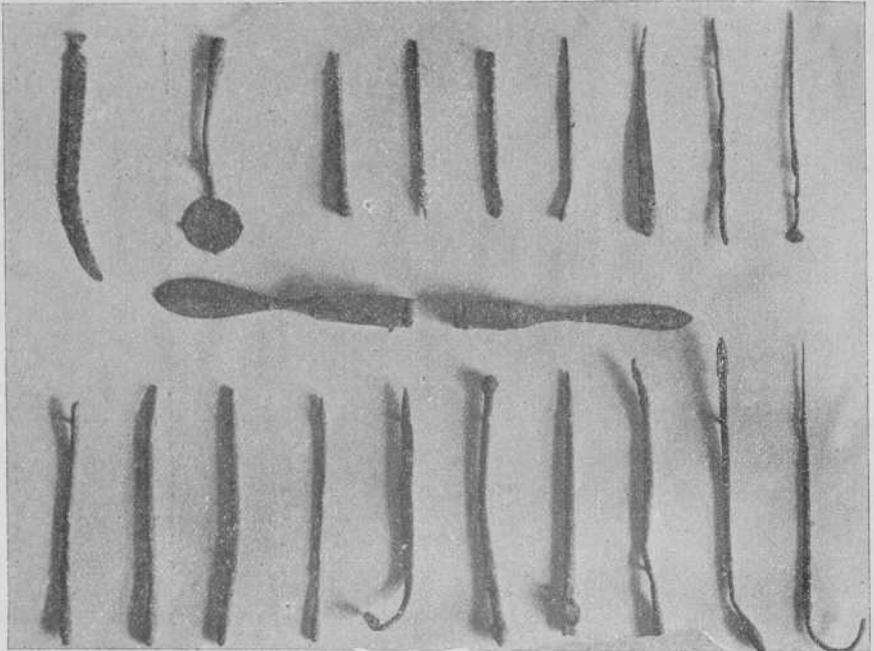


FIG. 21

Fot.^a Casado.

Instrumentos de bronce. (Museo Numantino).

edad de los metales y por tanto tuvieron que tener un uso especial, distinto del genérico que tuvieron todos los de piedra, antes de que los hombres inventasen el cobre, el bronce y el hierro. Este uso no pudo ser más que el quirúrgico.

Sabido es que las secciones practicadas con instrumentos cortantes de metal, producen mucha hemorragia y que ésta fué la preocupación y el escollo de los cirujanos antiguos. Para obviar este inconveniente y en parte también por ser material santo, durante muchos siglos después del uso corriente de los metales, se siguieron usando en cirugía cuchillos de piedra, de lo cual tene-

mos un testimonio irrecusable en la Biblia, en el libro de Josué, donde el Señor dice al caudillo hebreo: «Hazte unos *cuchillos de piedra* y circuncida por segunda vez a los hijos de Israel» (1).

De los otros instrumentos que probablemente fueron de uso quirúrgico, unos están hechos de hueso y otros de bronce. No se

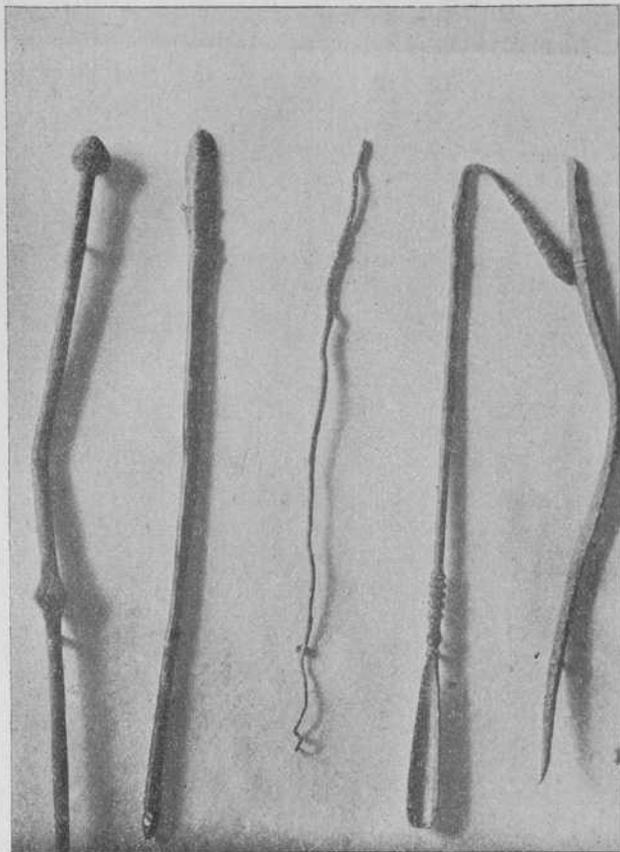


FIG. 22

Fot.^a Casado.

Instrumentos de bronce. (Museo Numantino).

ha encontrado ninguno de hierro hasta la fecha, ni es probable que se encuentren en el porvenir, porque este metal se ha oxidado y descompuesto en el transcurso de los siglos. De los objetos de hierro sólo se han conservado regularmente los objetos grandes, como son un yunque, un pico y algunas armas; los instrumentos

(1) Josué. Cap. V., v. 2.

de Cirugía delgados y finos, si es que existieron, no pudieron conservarse hasta nuestros días. Claro es que porque no se hayan encontrado, no podemos negar su existencia.

Los instrumentos de hueso y de bronce son semejantes entre sí; sólo se diferencian en que los de metal son más delgados y elegantes como correspondía a la mayor resistencia del material empleado para construirlos. No nos atrevemos a decir si los de hueso fueron anteriores a los de bronce; probablemente se usaron al mis-

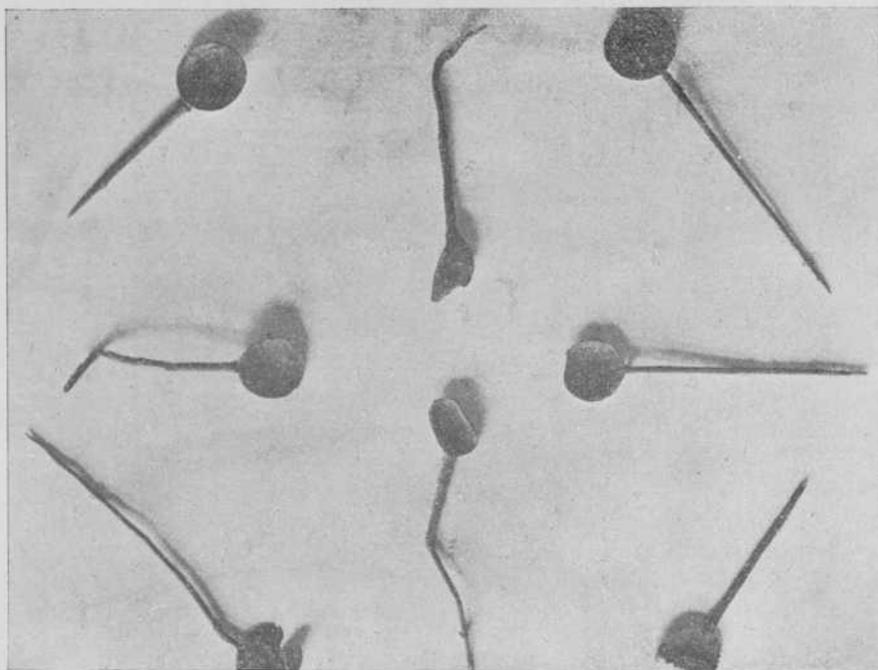


FIG. 23

Fot.^a Casado.

Cucharillas de bronce. (Museo Numantino).

mo tiempo, porque el hueso está admirablemente trabajado y seguramente se utilizaron para esto instrumentos de acero. Entre los encontrados hay una cucharilla sin terminar, apenas desvastada, como si la destrucción de la ciudad hubiera sorprendido al artista en la mitad de su trabajo. ¿Fabricaban los numantinos los instrumentos de hueso y compraban fuera los de metal? ¿Construían unos y otros y los usaban indistintamente? ¿Había cirujanos que preferían el hueso al bronce? ¿Fueron construídos los de hueso durante el sitio por la escasez de metal? Cuestiones son

todas éstas que hay que dejar en interrogante, porque con seguridad nadie puede contestarlas.

Los instrumentos de hueso, aunque poco abundantes en número, son de forma variada. Todos están muy bien contruidos y la mayor parte muy bien conservados. Para hacerlos utilizaron la parte más compacta de las diáfisis, lo cual ha permitido su conservación mejor que la de otros objetos de hueso cuyos materiales no sufrían tan delicada selección.

Entre esos instrumentos, como ya hemos dicho, los hay de di-

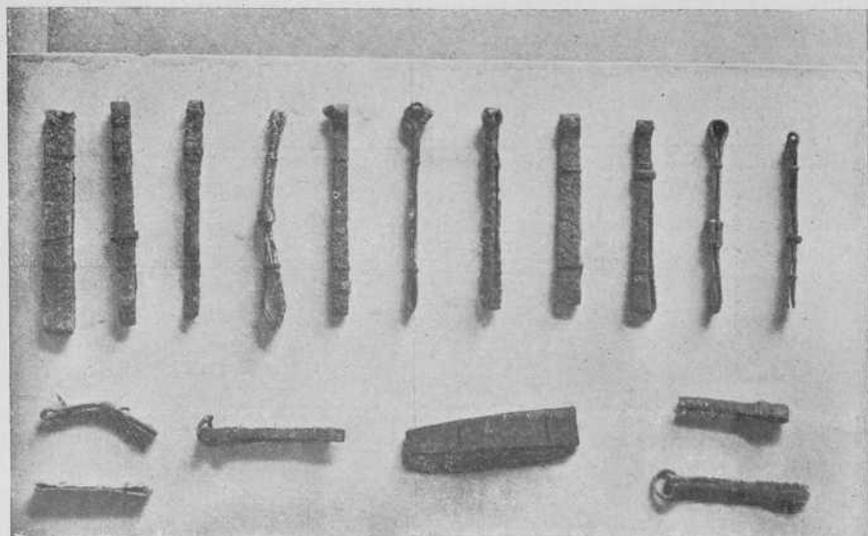


FIG. 24

Fot.^a Casado.

Pinzas de bronce de distintas formas. (Museo Numantino).

versas formas; unos son como cucharas con muy poca o ninguna concavidad y debieron servir como espátulas; otros hay que sirvieron como sondas acanaladas y abundan las cucharillas admirablemente trabajadas, dedicadas probablemente al raspado de superficies o cavidades fungosas, como las actuales de Wolckmann. Hay algunos instrumentos de uso dudoso y finalmente agujas que yo no se si pudieron servir para usos quirúrgicos.

Los instrumentos de bronce abundan más que los de hueso. Como ya hemos dicho, reproducen las formas de los segundos; pero son más delgados y más elegantes. Un juego completo fué encontrado en una casa ibérica, a la que mi malogrado amigo D. Mariano Granados llamaba siempre la casa del médico. No me

detendré en describir estos instrumentos de bronce que van dibujados; sólo haré mención de un bisturí de este metal, porque su presencia indica ya un gran progreso y son muy dignas de mención también las pinzas hemostáticas, de presión continua, bastante bien construídas.

Para algunos, estas pinzas sirvieron para depilar, fundándose en el siguiente texto de Artemidoro: «En otras partes, las mujeres se pelan el cabello de junto a la frente para tener ésta más despejada.»

No es preciso esforzarse mucho para demostrar que el contenido de ese pasaje es inaplicable al caso actual. En primer lugar no debía ser general esa costumbre de pelarse las mujeres; pudo por tanto existir en otras regiones y no existir en Numancia. La situación de las mujeres numantinas durante los años de la guerra no debía ser muy a propósito para preocuparse de modas; porque es bien sabido que cuando los pueblos luchan, sobre todo con el encarnizamiento con que lo hizo Numancia, las costumbres son cada vez más austeras y las modas tienden a su sencillez. El texto, además, no dice que se depilaran la frente las mujeres, sino que se pelaban y para este pelado es muy probable que empleasen el rasurado con navaja u otro instrumento análogo.

Si las numantinas hubieran practicado todas esa costumbre de depilarse, el número de pinzas encontradas hubiera sido mucho mayor e igualaría tal vez al de las bolas de barro de que nos ocupamos en otro capítulo. Por fin diremos que las pinzas depilatorias no necesitan la corredera que tienen las de Numancia, por la sencilla razón de que dicha corredera sería perjudicial en vez de ser útil, ya que para arrancar un pelo se invertiría mayor tiempo.

No cabe duda, pues, que esas son pinzas de presión continua, mediante la corredera que fijaba las ramas. Su número, por otra parte, no es exagerado y guarda relación con el de los instrumentos encontrados.

Entre estos instrumentos llaman la atención las agujas. La circunstancia de que éstas sean de hueso y bronce, iguales unas a otras, salvo la mayor delgadez y finura de las de metal ya apuntables, y la particularidad de que las de hueso hayan sido trabajadas con instrumentos de acero, me ha hecho sospechar que dichas agujas debieron servir para usos quirúrgicos. De ser cierta esta opinión nuestra, habría que deducir que los cirujanos numantinos practicaban las suturas. Las armas más eficaces en aquella época eran las armas blancas y sin que pretendamos restar importancia a las arrojadizas que producían contusiones o heridas contusas, es lo probable que el mayor número de heridos lo fuese por gladio

o lanza que producen heridas limpias en que la sutura está muchas veces indicada. La guerra, con su cortejo triste y fatalmente necesario de abundantes heridos, ha sido siempre escuela donde los cirujanos de todas las épocas han cosechado gran suma de conocimientos; la guerra ha sido momento en que la inventiva de los

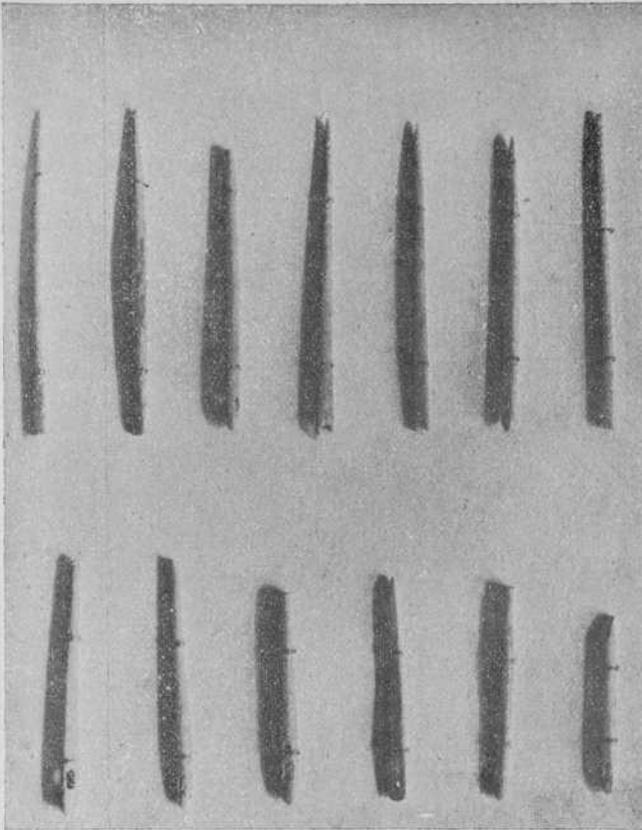


FIG. 25

Fot^a Casado.

Agujas de hueso. (Museo Numantino).

hombres de talento y de genio ha podido desenvolverse libremente y con gran brillantez.

Por otra parte los numantinos formaban parte de los celtiberos y éstos hacía ya muchísimos años que se habían distinguido por sus buenas condiciones militares. Los cuerpos de tropas celtiberas que llevó Aníbal a Italia, llamaban la atención por su equi-

po casi lujoso en aquella época, y es casi seguro que aquellos caudillos que transportaban ejércitos a través de los Alpes y de la Galia, atendiendo a muchos detalles que les acreditaron de hábiles políticos y eminentes estadistas, no descuidarían asunto tan

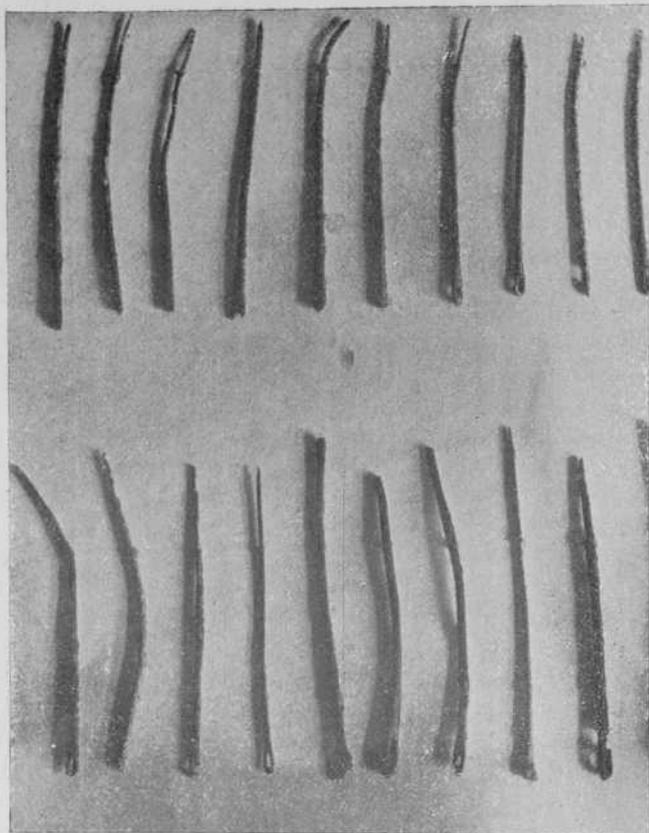


FIG. 26

Fot.^a Casado.

Agujas de bronce. (Museo Numantino).

importante para un ejército como es la cura de las heridas y la conservación de la vida de sus soldados.

Como auxiliares de esos instrumentos numantinos pudieron tal vez utilizarse algunos de los pequeños cacharritos que están catalogados como esencieros. Es muy posible que sirvieran para contener o preparar alguna pomada que utilizarían para curar las heridas. ¿Qué operaciones practicaban aquellos antiguos ciruja-

nos? ¿Cómo las practicaban? ¿De qué modo y dónde adquirirían los conocimientos necesarios para practicar su arte? ¿Quiénes y cómo eran los autorizados para practicarlo? No podemos decirlo.

El estudio somero que hemos pretendido hacer de los conocimientos médicos de los numantinos, y en general de los antiguos iberos, aunque deficiente por ser nuestro y por la escasez de fuentes de conocimiento, prueba que nuestros antepasados no estaban ayunos de ideas y prácticas médicas. Quedan todavía muchos puntos oscuros por aclarar; pero lo conocido basta a juicio nuestro, para librar a nuestros antepasados de la nota de ignorancia o crueldad que muchos escritores les han atribuído, interpretando mal el famoso texto de Estrabón en que refiere la costumbre de exponer los enfermos.

El estudio cada vez más detenido de los ritos y de las religiones antiguas; los nuevos conocimientos derivados de los descubrimientos arqueológicos de Nínive, que rectifican mucho el concepto que teníamos del mundo antiguo, y finalmente la aplicación razonada de una crítica serena, permiten hoy rectificar muchas afirmaciones falsas y muchas interpretaciones erróneas que hasta hoy han corrido de boca en boca y de libro en libro como artículos de fe. Si con el tiempo nuevos hallazgos en Iberia o fuera de ella, amplían la esfera de nuestros conocimientos y los sabios aclaran muchos puntos que hoy obscurecen nuestro pasado, yo espero que este importante extremo, el conocimiento de la Medicina en la antigua Iberia, no quedará abandonado y tengo fe ciega en que otros más afortunados llevarán a feliz término una empresa que, evidentemente, es superior a mis escasas fuerzas. Los conocimientos históricos y arqueológicos cada día se amplian, se completan o se modifican; lo dudoso hoy, pasa mañana a la categoría de cierto; en este orden de la actividad humana no puede haber descanso alguno y nuestro lema debe ser siempre: Trabajar, trabajar y trabajar.

* * *

El museo arqueológico de Madrid, que encierra objetos y reliquias tan valiosas e interesantes, posee algunos instrumentos antiquisimos de Cirugía, cuyo estudio es conveniente, no sólo porque son testimonio irrecusable de prácticas quirúrgicas en sitios de Iberia diferentes de Numancia, sino también porque la comparación entre unos y otros puede proporcionarnos alguna luz acerca de un extremo importantísimo: el de si dichos instrumentos, los del arqueológico y museo numantino, fueron romanos como mu-

chos creen y han creído o por el contrario fueron ibéricos, como yo opino, fundado en algunas razones.

En el museo de Madrid, como en el de Numancia, hay instrumentos de metal y de hueso; los primeros están en una vitrina de la sala cuarta destinada a bronce griegos, etruscos y romanos, y los segundos, los de hueso, también en otra vitrina de la sala séptima, titulada de cerámica romana.

Los antecedentes que acerca de dichos instrumentos me suministró el jefe de la sección D. Francisco Alvarez Osorio, no permiten afirmar que dichos instrumentos sean romanos. Tanto este amabilísimo señor como mi ilustre amigo el director del museo, D. José Ramón Mélida, me refirieron que esos instrumentos quirúrgicos precedían de Palencia y Elche; pero fueron encontrados y donados al museo en una época en que las excavaciones no se hacían con el cuidado con que hoy las practican los arqueólogos. Además, los objetos fueron hallados en una época en que todo lo antiguo era indefectiblemente romano, como hoy, para el vulgo, todos los torreones son del tiempo de los moros.

Hasta hace pocos años el encontrar un objeto antiguo era el todo, para la casi totalidad de las gentes; hoy, afortunadamente, los objetos antiguos, además de su posible valor intrínseco, tienen siempre otro importantísimo, por ser medios de estudio, documentos que con su lenguaje mudo nos pueden ilustrar acerca de la cultura, costumbres y condiciones de las generaciones pasadas. Por esto, hoy al practicar excavaciones se atiende al estudio de los terrenos, se tienen muy en cuenta los diferentes *estratos*, se averigua, por éstos, a qué pueblo pudieron pertenecer los objetos, y tratándose de un instrumento de Cirugía, el excavador de hoy tendría presente si lo usaron los celtíberos o lo importaron los romanos con su cultura y dominación. Este dato importantísimo, falta a los instrumentos del museo arqueológico de Madrid. Con la mejor voluntad, con celo laudable, un caballeroso señor los donó al Estado y siguiendo la corriente en boga se les clasificó entre los objetos y bronce romanos.

Los instrumentos de metal del museo arqueológico de Madrid, son de la misma forma y hechura que los del museo numantino. Las pinzas, sondas, cucharillas y espátulas, parece que están construídas por las mismas manos; pero de los instrumentos numantinos sabemos que muchos fueron encontrados en *terreno ibérico*, en la casa del médico, llamada así por mi llorado amigo D. Mariano Granados. Podemos, pues, suponer que o estos instrumentos eran francamente ibéricos o por lo menos que los cirujanos numánticos adquirirían de primera o segunda mano de los romanos lo que les convenía para curar sus heridos. Entre ambas hipótesis me inclino

francamente a la primera, y por tanto reputamos como ibéricos también, los instrumentos del museo de Madrid. Es interesante que estos instrumentos procedan en su mayor parte de Palencia, cuyos habitantes sostuvieron relaciones indudables con los numantinos durante las guerras celtibéricas.

Los instrumentos de hueso, que como ya hemos dicho, están colocados en una vitrina de la sala séptima, son de igual forma y tamaño que los numantinos. El ilustrado Sr. Alvarez Osorio, expuso dudas muy fundadas de que fueran ibéricos. A mi juicio, este cultísimo señor tiene sobrados motivos para dudar; yo creo firmemente que dichos instrumentos son ibéricos.

En efecto; además del argumento aplicado a los de metal, aplicable también a los de hueso, se da la circunstancia que en una sonda hay grabados cuatro circulitos y estos círculos, de cuyo valor y significación nos ocupamos en el capítulo tercero de este trabajo, tienen un significado marcadamente ibérico; son una marca de fábrica indicadora de que manos ibéricas fueron las que labraron dichos instrumentos.

Aquellos antiguos iberos, como todos los pueblos de la antigüedad, enlazaron la Religión con la Medicina. Al padre Sol pidieron con fervor la salud y la fe, que obra milagros, devolvería la fuerza a los enfermos lánguidos, a los debilitados, a aquellos para los cuales los rayos benéficos del astro rey son medicina poderosa y salvadora.

La observación y la experiencia les dictaron medidas profilácticas notables para prevenir la peste; sus conocimientos de las virtudes de las plantas, tal vez fueran notables; finalmente practicaron operaciones a juzgar por la abundancia de los instrumentos quirúrgicos. Bien puede decirse que en la antigua Iberia hubo una Medicina adelantada, ya que para curar los enfermos empleó todo lo necesario: Fe, Ciencia y Arte.



INDICE DE MATERIAS

Páginas

A guisa de prólogo..... 3

CAPÍTULO I

Diversas etimologías de la palabra Numancia.—Nueva etimología del señor Sangorrín.—D. Eduardo Saavedra determinó el solar numantino.—La obra del profesor Schulten.—Motivos por los que Numancia fué fundada en el cerro de su nombre.—El *yacimiento* de Torralba.—Los habitantes de Iberia según Varron.—Colonias griegas y colonias fenicias en España.—Los *persas* de Varron.—Relaciones y semejanzas entre iberos y orientales.—Influencia de los fenicios.—Los fenicios y el comercio del estaño.—El bronce, probable invención de los iberos.—¿Los blancos de Asiria y Caldea serían originarios de Europa?—Los numantinos eran de raza céltica.—La ciudad de Numancia.—La disposición de sus calles y casas..... 7

CAPÍTULO II

La Geografía de Estrabón.—Su importancia para el estudio de la Iberia antigua.—La exposición de los enfermos.—Verdadera traducción del texto de Estrabón.—Explicación del pasaje.—La famosa exposición no puede atribuirse a ignorancia, a falta de amor al prójimo, ni fué tampoco una práctica terapéutica en sus principios.—La exposición, rito religioso.—El culto al Sol.—Extensión de este culto.—La exposición de los enfermos en Caldea.—Himno al Sol pidiéndole salud.—El templo de Apolo y Diana en Mileto..... 23

CAPÍTULO III

Los tabús.—Su significación y persistencia a través de los tiempos.—La religión y el sacerdocio.—El período científico actual.—Importancia del estudio de la religión.—Influencia del sacerdote.—La Religión y la Medicina.—Coincidencia de los dogmas y métodos terapéuticos.—Probable religión de los numantinos.—Su influencia en la defensa de la ciudad.—El culto al Sol.—Los círculos, la Swastika y las cruces.—Expositorios de enfermos en Numancia..... 37

CAPÍTULO IV

Las bolas de barro en Numancia y en Iberia.— Uso probable de las mismas.— No fueron instrumentos de cambio.— Tampoco debieron servir para juegos.— Descripción de las esferitas.— Persistencia de las creencias en el pueblo.— La repugnancia a la culebra.— Los amuletos.— Su extensión por España.— Descripción de algunos amuletos actuales.— Semejanzas con las bolitas numantinas.— Las bolas de Numancia fueron probablemente amuletos médico-religiosos 47

CAPÍTULO V

Medicina empírica de los iberos.— Inteligencia de los habitantes de España y Europa.— Los ratones y la peste.— ¿*Desratización* o *muricidio*?— Los españoles destruían los ratones para prevenirse de la peste.— Texto de Estrabón.— Conocimientos de los romanos, los hebreos y los egipcios acerca de esta práctica profiláctica.— Repugnancia hacia el ratón por las mujeres españolas.— El famoso tóxico ibérico.— Probables conocimientos de Botánica y Terapéutica de los antiguos españoles. 55

CAPÍTULO VI

Las guerras numantinas.— Su duración.— La guerra motivo de progreso quirúrgico.— En Numancia debió existir una Cirugía adelantada.— Instrumentos de piedra.— Diferencia entre los sílex antiguos y modernos.— Instrumentos de piedra, probables bisturís.— Instrumentos quirúrgicos de hueso.— ¿Pinzas hemostáticas?— Exposición de esta hipótesis.— Los instrumentos quirúrgicos del Museo Arqueológico de Madrid.— Su semejanza con los numantinos: ligera exposición de la hipótesis según la cual esos instrumentos son ibéricos y no romanos, como están catalogados. 63





ARTES GRÁFICAS
G. CASAÑAL
Coso, 93. — Zaragoza